

# Alicia en el país de las maravillas

Lewis Carroll





<https://cuentosinfantiles.top>

## Capítulo 1

### Descenso a la madriguera del Conejo

Alicia empezaba a hartarse de estar sentada en la hierba sin hacer nada. A su lado, su hermana leía un aburrido libro sin dibujos ni diálogos.

«¡Vaya una cosa! —pensaba Alicia—. ¿Qué tiene de divertido leer un libro en el que no hay dibujos ni diálogos?».

Estaba considerando —con gran lentitud y sopor, a causa del calor del día— si el placer de trenzar una guirnalda de margaritas le daría el impulso suficiente para levantarse a recolectar las flores cuando, de pronto, un bonito Conejo Blanco de ojos rosados pasó corriendo a su lado. Aquello no tenía nada de excesivamente particular; al fin y al cabo, ¿qué había de raro en ver correr a un Conejo Blanco? Tampoco le pareció muy extraño oír que el Conejo susurraba para sí mismo:

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Llego tarde!

(Al recordarlo, más adelante, pensó que tendría que haberse sorprendido mucho, pero

en aquel momento encontró el hecho de lo más normal). Solo cuando el Conejo Blanco extrajo del chaleco un reloj de bolsillo, miró la hora y apretó el paso todavía más, Alicia se levantó de un salto. ¡Nunca había visto un conejo vestido con chaleco y consultando un reloj!

Le picó tanto la curiosidad que salió corriendo tras el animal campo a través; por suerte, lo divisó justo cuando se metía como una flecha en la boca de una madriguera oculta bajo un seto. Un momento después, Alicia también entró en la madriguera, sin siquiera preguntarse cómo haría para salir de allí.

Al principio, la madriguera tenía forma de túnel y se extendía en línea recta. Pero de pronto el suelo desapareció bruscamente, Alicia no pudo sujetarse y comenzó a caer por lo que parecía un pozo. Debía de ser un pozo muy profundo, o bien es que Alicia caía muy despacio, porque mientras caía tuvo tiempo para mirar detenidamente lo que había a su alrededor y preguntarse lo que iba a ocurrir. Primero miró

hacia abajo, para averiguar dónde iba a aterrizar, pero estaba demasiado oscuro y no se veía nada. Luego, se puso a examinar las paredes del pozo. Estaban cubiertas de armarios y estanterías, y en algunos sitios había grabados y mapas colgados. Al pasar, Alicia cogió un bote de mermelada de uno de los estantes. En la etiqueta ponía:

pero estaba vacío. Alicia se llevó una desilusión y pensó qué hacer con él; como no quería que nadie resultara herido si lo dejaba caer, lo colocó sobre una de las alacenas que iban desfilando a su lado.

«¡Vaya! —pensó—. Después de una caída así, cuando vuelva a casa me parecerá una nimiedad rodar por las escaleras. ¡Van a decir que soy una valiente! ¡Y aunque un día me cayera del tejado, no se lo contaría a nadie!». (Una afirmación que, desde luego, tenía muchas probabilidades de ser cierta).

Alicia siguió cayendo y cayendo, cada vez más profundamente. ¿Acaso no acabaría nunca de caer?

—Me pregunto cuántos kilómetros habré recorrido —dijo en voz alta—. A lo mejor estoy llegando al centro de la Tierra. A ver..., tendría que ser una caída de seis mil o siete mil kilómetros... —Es que Alicia había aprendido muchas cosas en el colegio y, aunque aquel no era precisamente el mejor momento para demostrar sus conocimientos, pues no había público para escucharla, le pareció que era un buen ejercicio de repaso—. Sí, esa es la distancia, pero me pregunto a qué latitud y a qué longitud me encuentro.

(Alicia no tenía ni la menor idea de lo que eran la latitud y la longitud, pero le encantaba pronunciar esas palabras tan bonitas e impresionantes).

—¿Estaré cruzando la Tierra de un extremo al otro? —siguió diciendo—. ¡Va a ser muy divertido llegar al país en el que vive la gente que anda boca abajo! Los antípatas, me parece que se llaman. ¿O eran los antipáticos? —Esta vez, Alicia se alegró mucho de que no hubiera nadie escuchando, pues ninguna de esas palabras le sonaba del todo bien—. Tendré que

preguntarles cómo se llama su país, claro: «Perdone, Señora, ¿estoy en Australia o en Nueva Zelanda?». —Y al decirlo intentaba hacer una reverencia. Imaginad la escena: ¡una niña haciendo reverencias mientras cae al vacío! ¿Creéis que podríais hacerlo vosotros? —. ¡Pero la señora pensará que soy una ignorante! No, mejor no preguntar nada. Tal vez pueda leer el nombre del país en algún cartel.

Alicia seguía cayendo y cayendo. Y, puesto que no tenía otra cosa mejor que hacer, se puso a hablar otra vez.

—¡Dina me va a echar mucho de menos esta noche! —Dina era su gatita—. Espero que alguien se acuerde de darle su cuenco de leche a las cuatro. Mi querida Dina, ¡cómo me gustaría que estuvieras aquí conmigo! No creo que haya ratones en este pozo, pero a lo mejor podrías cazar un murciélago. Los murciélagos se parecen mucho a los ratones. Aunque me pregunto si los gatos comen murciélagos, no sé...

Alicia se sintió de pronto muy cansada y dijo como en sueños:

—¿Comen murciélagos los gatos? —y luego—:  
¿Comen gatos los murciélagos?

Era incapaz de responder a estas dos preguntas, y se dio cuenta de que se estaba quedando dormida. Empezaba a soñar que estaba paseando con Dina y que iban las dos cogidas de la mano, o de la pata, y que le preguntaba con tono grave:

—Vamos, Dina, dime la verdad: ¿alguna vez te has comido un murciélago?

De pronto, «¡cataplum!», aterrizó en un montón de ramas y hojas secas, y la caída llegó a su fin.

Alicia, que no se había hecho ni un rasguño, se puso de pie. Miró hacia arriba: por encima de su cabeza todo estaba oscuro; pero ante ella se abría un largo pasadizo y, al fondo, el Conejo Blanco se alejaba a toda prisa. No había un minuto que perder: Alicia salió corriendo tras él

a toda velocidad. Antes de perderlo de vista a la vuelta de un recodo, oyó cómo decía:

—¡Por mis orejas y mis bigotes, se está haciendo tardísimo!

Un instante después, ella también dobló la esquina y fue a parar a una salita amplia con un techo muy bajo, del que colgaba una hilera de lámparas. ¡El Conejo había desaparecido!

Había puertas alrededor de toda la salita. Alicia intentó abrirlas una a una, pero todas ellas estaban cerradas con llave. Con gran decepción, volvió al centro de la estancia. Estaba dándole vueltas a cómo salir de allí, cuando se topó con una mesita pequeña de tres patas, toda ella de cristal macizo, sobre la que había una diminuta llave de oro. Inmediatamente, Alicia pensó que aquella llave abriría alguna de las puertas, pero por desgracia no fue así. O las cerraduras eran demasiado grandes o la llave era demasiado pequeña, el caso es que no se abrió ningún cerrojo. De repente, Alicia descubrió una cortina que no había visto antes y que ocultaba otra puerta. Una puerta pequeñísima, de unos

cuarenta centímetros de alto con una cerradura minúscula. Alicia metió la llave: para su sorpresa, encajó a la perfección ¡y la puerta se abrió!

La niña se puso de rodillas para ver mejor. Había un corto pasillo, no más ancho que una ratonera, que daba a un jardín, el jardín más bonito que os podáis imaginar. ¡Ah, estaba deseando salir de esa habitación para pasearse entre aquellos parterres de flores de vivos colores y sentarse junto a aquellas fuentes de agua fresca! Pero Alicia no podía ni asomar la cabeza por el quicio de la puerta...

«Y aunque pudiera sacar la cabeza —pensaba—, ¿de qué me serviría? No podría pasar los hombros. ¡Oh, cómo me gustaría encogerme en mí misma como un catalejo! Creo que podría lograrlo si supiera cómo empezar...».

Como veis, habían sucedido cosas tan extraordinarias que Alicia empezó a pensar que nada, o casi nada, era imposible.

No tenía ningún sentido quedarse esperando detrás de la puerta. Alicia volvió a cerrarla y se acercó a la mesa de cristal, esperando descubrir alguna otra cosa, tal vez otra llave, o algún libro que le explicara el modo de menguar como un catalejo. Pero esta vez lo que encontró fue un frasco.

—Hace un momento no estaba ahí, ¡estoy segura! —exclamó Alicia.

Tenía una etiqueta de papel con las siguientes palabras impresas en letras mayúsculas:

Pues sí, estaba muy bien que dijese «Bébeme», pero nuestra prudente Alicia no iba a obedecer sin más. «Antes voy a comprobar que no ponga “veneno” por algún lado...», pensó, recordando que había leído varios cuentos encantadores sobre niños que se habían quemado vivos, o que habían sido devorados por animales salvajes o víctimas de innumerables desgracias, y todo por haber olvidado cumplir unas cuantas normas importantes que les habían enseñado sus amigos, como por ejemplo, que el fuego quema o que si te cortas el dedo con

un cuchillo te sale sangre. Alicia sabía perfectamente que si bebes de una botella que lleva una etiqueta en la que pone «veneno» te acarrearás, antes o después, irremediablemente, un sinfín de problemas.

Pero la palabra «veneno» no se leía por ningún lado, por lo que Alicia se atrevió a probarlo y, como estaba delicioso (en realidad, sabía a una mezcla de tarta de cerezas, natillas y piña, pavo asado, caramelo y tostadas con mantequilla), se bebió hasta la última gota.

«¡Qué sensación más extraña! —pensó sorprendida—. Debo de estar encogiéndose como un catalejo».

Y era totalmente cierto: ahora medía apenas veinticinco centímetros. Se le iluminó el rostro ante la idea de que tendría el tamaño necesario para pasar por la puerta y entrar en aquel precioso jardín. Algo nerviosa, esperó unos minutos para estar segura de que no seguía menguando, «pues, quién sabe —pensaba Alicia—, a lo mejor acabo extinguiéndome por completo, como una vela,

y me pregunto qué aspecto tendría si eso ocurriera».

Al cabo de un momento, como no sucedía nada extraño, se dirigió rápidamente al jardín. Pero ¡ay, pobre Alicia! En cuanto llegó a la puerta, se dio cuenta de que había olvidado la llavecita dorada sobre la mesa, y cuando volvió a buscarla, vio que le resultaba totalmente imposible alcanzarla, aunque la distinguía perfectamente encima del cristal. Intentó trepar por una de las patas de la mesa, pero era terriblemente resbaladiza y, tras varios intentos, acabó sentándose, exhausta, y rompió a llorar.

«¡Vamos, vamos, de nada sirve gimotear de esta manera! —se increpó a sí misma con severidad—. Te aconsejo que dejes de llorar inmediatamente».

Alicia tenía la costumbre de darse muy buenos consejos (aunque raras veces los seguía) y en ocasiones se regañaba a sí misma con tanta dureza que se le inundaban los ojos de lágrimas. Hasta recordaba que una vez se había dado un cachete por haber hecho trampas

jugando al croquet mientras jugaba contra ella misma (porque a nuestra curiosa niña le encantaba fingir que era dos personas). «¡Pero ahora de nada sirve fingir que soy dos personas —pensó la pobre Alicia—, cuando apenas queda algo de mí para ser una persona entera!».

En ese momento, se fijó en una cajita que había bajo la mesa. Cuando la abrió, vio dentro una galletita diminuta en la que se leía la siguiente inscripción, escrita con pasas de Corinto:

«Desde luego que me la voy a comer —pensó Alicia—. Si me hace crecer, podré llegar hasta la llave. Si me hace menguar, podré pasar por debajo de la puerta. En cualquiera de los dos casos, iré al jardín, y luego ya veremos».

Mordió un trozo de galleta y luego pensó angustiada: «¿Hacia arriba o hacia abajo?», y se puso la mano en la cabeza para tratar de adivinar si iba a subir o a bajar. Quedó muy decepcionada al constatar que no cambiaba de tamaño, algo que, por otra parte, no ocurre

cuando se comen galletas. Pero estaba tan acostumbrada a vivir sucesos increíbles que ahora los hechos normales le parecían aburridos y estúpidos. Así pues, con decisión, se comió la galleta sin dejar ni una miga.

## **Capítulo 2**

### **El charco de las lágrimas**

—¡Cada vez peor y más peor! —exclamó Alicia; estaba tan sorprendida que, de pronto, se olvidó por completo de hablar correctamente—. ¡Ahora me estiro como si fuera el catalejo más grande del mundo! ¡Adiós, pies! —Pues, al mirarlos, los pies estaban tan lejos que le parecían diminutos—. ¡Oh, mis pobrecitos pies...! ¿Y ahora quién va a ponerlos las medias y los zapatos, mis pies queridos? Porque yo ya no podré hacerlo. Estaré demasiado lejos como para ocuparme de vosotros, así que tendréis que arreglároslos sin mí.

«Pero tengo que ser amable con ellos —pensó de pronto Alicia—, o de lo contrario no querrán llevarme adonde quiera ir. Vamos a ver: ¡ya sé! Todas las Navidades les regalaré un par de zapatos nuevos».

Entonces se puso a reflexionar sobre cómo iba a arreglárselas para que los zapatos nuevos llegaran a sus destinatarios.

—Se los enviaré por correo —se le ocurrió—. ¡Qué divertido será enviar un regalo a mis propios pies! Y la dirección será rarísima:

Al Señor Don Pie Derecho de Alicia:

Delante de la chimenea,

junto al parachispas.

Afectuosamente, Alicia.

»¡Oh, pero qué sarta de disparates estoy diciendo!

En ese preciso momento, su cabeza chocó contra el techo de la salita pues, efectivamente, ¡ahora medía más de dos metros setenta y cinco! Rápidamente cogió la llave de oro y fue corriendo hacia la puertecilla.

¡Pobre Alicia! ¡Cómo intentaba tumbarse de lado para ver con un ojo el maravilloso jardín! Pero ahora sí que resultaba imposible salir, incluso más que antes, y al final se sentó y se puso a llorar.

—Debería darte vergüenza —se reprochaba—. ¡Una niña tan grande como tú —ahora sí que podía decir tal cosa— llorando de ese modo! Deja de llorar inmediatamente, ¡te lo ordeno!

Pero siguió derramando litros y más litros de lágrimas, hasta que enseguida se vio rodeada por un verdadero charco de unos diez centímetros de profundidad que se extendía por toda la habitación. Al cabo de un rato, oyó a lo lejos el ruido de unos pasitos acelerados, y se enjugó las lágrimas rápidamente para ver qué estaba pasando.

Era de nuevo el Conejo Blanco, que se había vestido de gala; en una mano sujetaba un par de guantes blancos de cabritilla y en la otra llevaba un hermoso abanico. Cruzó la sala con paso ligero, sin dejar de murmurar a media voz:

—¡Oh, la Duquesa, la Duquesa! ¡Se va a poner furiosa si la hago esperar!

Alicia estaba tan desesperada que estaba dispuesta a pedir ayuda al primero que apareciera. Así pues, esperó a que el Conejo se acercara y dijo con timidez:

—¡Señor, por favor!

Al instante, el Conejo se detuvo. Luego alzó los ojos y se pegó tal susto al verla que se le cayeron al suelo los guantes y el abanico y salió corriendo, pies para qué os quiero. Con calma, Alicia recogió los objetos y, como hacía mucho calor en la estancia, empezó a abanicarse mientras hablaba consigo misma.

—La verdad es que hoy todo es muy raro. En cambio, ayer el día transcurrió con normalidad... ¿Me habrán cambiado durante la noche? Vamos a ver, pensemos: ¿era yo la misma Alicia cuando me desperté esta mañana? Ahora que lo pienso, me parece que en realidad me he encontrado algo distinta de ayer... Pero, si ya no soy yo, ¿quién seré? ¡Ah, esto sí que es un misterio!

Alicia hizo un repaso mental de todas las niñas que conocía para comprobar si se había convertido en alguna de ellas.

—No soy Ada, porque ella tiene el pelo largo y rizado, mientras que el mío no es rizado en absoluto. También estoy segura de que no soy Mabel, porque yo sé un montón de cosas, mientras que ella no sabe prácticamente nada de nada. Además, ella es ella y yo soy yo, y... ¡Oh, qué lío! De todos modos, voy a comprobar que hoy sé todo lo que sabía ayer. Vamos a ver: cuatro por cinco, doce; cuatro por seis, trece y cuatro por siete, catorce... ¡No, así no es! ¡A este ritmo nunca llegaré hasta veinte! Bueno, qué más da, en realidad la tabla de multiplicar tampoco sirve de mucho. Vamos a probar con Geografía: Londres es la capital de Francia, y Roma es la capital de Inglaterra, y París... ¡Vaya! ¡Todo mal, estoy segura! ¡Han debido de convertirme en Mabel! Bueno, voy a tratar de recitar Ved cómo la laboriosa abeja.

Cruzó las manos sobre las rodillas y empezó a recitar el poema, pero le pareció que le salía la voz ronca y extraña, y las palabras que pronunciaba no eran las que esperaba:

¡Ved cuán laborioso el cocodrilo!

¡Cómo a su cola le saca lustre,  
derramando las aguas del Nilo  
sobre sus escamas ilustres!

¡Con qué astucia separa las garras,  
fingiendo que bebe alegremente,  
mientras atrae a las alimañas  
y pececillos hacia sus dientes!

—¡Estoy segura de que no era así! —suspiró la  
pobre Alicia, y de nuevo se le inundaron los  
ojos de lágrimas mientras pensaba:

«Seguro que me he convertido en Mabel, y voy  
a tener que vivir en su miserable casucha,  
donde tendré tan pocos juguetes y, ¡oh,  
tantísimas lecciones que aprender! ¡Pues no  
quiero, ni hablar! He tomado una decisión: si  
de verdad soy Mabel, no pienso moverme de  
aquí. Ya pueden asomar sus cabezas y  
suplicarme: “¡Sube, cielo!”. Me limitaré a mirar  
hacia arriba y responder: “¡Primero decidme  
quién soy! Y si me gusta ser la persona que me  
digáis, subiré. Pero si no, me quedaré aquí  
hasta que sea otra persona”».

—¡Ay! —exclamó Alicia de pronto, llorando a lágrima viva—. ¡Ojalá alguien asomara la cabeza y me viera! Estoy cansadísima de estar sola en esta salita.

Entonces Alicia se miró las manos y descubrió con sorpresa que se había puesto uno de los guantes del Conejo. «¿Cómo me habré puesto el guante? —pensó—. Debo de estar menguando otra vez...».

Se levantó y se dirigió a la mesa para medirse. Según sus cálculos, medía unos sesenta centímetros de alto, y seguía menguando. Cuando comprendió que aquel fenómeno se debía al abanico que estaba sujetando, lo tiró al suelo. ¡Y menos mal, porque había llegado a los ocho centímetros!

—¡Por los pelos! Y ahora, ¡al jardín! —exclamó, y se puso a correr hacia la puerta.

Por desgracia, estaba de nuevo cerrada y, como la vez anterior, la llavecita estaba encima de la mesa.

«Todo va de mal en peor —pensó la pobre Alicia—. ¡Ahora soy más pequeña que nunca! ¡Que nunca! ¡La verdad es que tengo muy mala suerte!».

Entonces, su pie resbaló y, «¡plof!», se vio hundida hasta el cuello en agua salada. Lo primero que pensó fue que había caído al mar. «En ese caso, podré volver a casa en tren», pensó. (Alicia había visto el mar solo una vez, y había llegado a la curiosa conclusión de que todas las playas inglesas disponían de cabinas de baño, que siempre había niños haciendo hoyos en la arena con palas, y que todas esas playas, rodeadas inevitablemente de hotelitos de alquiler, se encontraban situadas justo al lado de una estación de ferrocarril). Pero pronto se dio cuenta de que era imposible que estuviera en el mar, puesto que se encontraba bajo tierra, y por fin se dio cuenta de que se trataba del charco formado por las lágrimas que había vertido un rato antes, cuando medía dos metros setenta y cinco de altura.

—¡Ojalá no hubiera llorado de ese modo! — exclamó mientras nadaba para llegar hasta la

orilla—. Supongo que ahogarme en mis propias lágrimas será mi castigo. ¡Será un accidente muy extraño! Pero todo es tan extraño últimamente...

De pronto, vio que algo chapoteaba cerca de donde ella estaba. Al principio creyó que sería una morsa o un hipopótamo. Pero luego recordó lo diminuta que era, así que se acercó y descubrió que el animal en cuestión era un ratón que, igual que ella, había caído al agua.

«¿Servirá de algo que me dirija a ese ratón? — pensó Alicia—. Todo está siendo tan extraordinario en este lugar que probablemente también sepa hablar. No pierdo nada por intentarlo...».

Y empezó a hablar de este modo:

—Oh, Ratón, ¿sabría usted cómo salir de este charco? ¡Estoy tan cansada de nadar, oh, Ratón! —Alicia estaba totalmente convencida de que ese era el modo correcto de hablar con un ratón, pues recordaba que había leído en el libro de latín de su hermano las palabras: «Un ratón, de un ratón, a un ratón, por un ratón, ¡oh, ratón!».

El Ratón volvió la cabeza, la miró con curiosidad, le guiñó el ojo un par de veces, pero no respondió. «A lo mejor no habla inglés —pensó Alicia—. ¡Puede que sea un ratón francés que llegó aquí con Guillermo el Conquistador!». (Pese a todos sus conocimientos de historia, Alicia no tenía una idea muy clara de la cronología de los acontecimientos). Así pues, dijo en francés: «Où est ma chatte?», que era la primera frase de su libro de francés y que quería decir «¿Dónde está mi gata?». El Ratón saltó bruscamente del agua; todo el cuerpo le temblaba de espanto.

—¡Oh, disculpe, se lo ruego! —se apresuró a decir Alicia, temiendo haber ofendido al pobre animal—. ¡Se me había olvidado por completo que a los ratones no les gustan los gatos!

—¡Que no me gustan los gatos! —exclamó el Ratón con un grito tenso y agudo—. ¿A ti, en mi lugar, te gustarían los gatos?

—Seguro que no —respondió Alicia con tono conciliador—. ¡No se enfade, por favor! Pero

me encantaría presentarle a nuestra gata Dina, aunque fuera solo una vez, porque creo que la iba a adorar. Mi Dina es muy tranquila —siguió hablando mientras nadaba perezosamente en el charco—. Y cómo ronronea cuando se tumba cerca de la chimenea para lamerse las patitas y lavarse la cara... Además, ¡es tan suave cuando la acaricias! En fin, y también es una experta en cazar ratones... ¡Oh, perdón! —volvió a exclamar Alicia al ver que al Ratón se le erizaba el pelo—. Ya no hablaremos más de este tema, se lo prometo. ¡Lamento muchísimo haber herido sus sentimientos!

—¿Mis sentimientos, dices? —contestó el Ratón, que estaba temblando de rabia y de miedo desde las orejas hasta el final de la cola—. En nuestra familia odiamos a los gatos desde que el mundo es mundo. ¡Son criaturas repugnantes, malvadas y vulgares! ¡No, no vuelvas a pronunciar la palabra gato!

—¡Nunca más! —repitió Alicia, que estaba deseando cambiar de tema—. Ejem... ¿Le gustan a usted los... los perros?

El Ratón no respondió, y Alicia prosiguió alegremente:

—Cerca de mi casa vive un perrito que me gustaría presentarle, porque es maravilloso. Es un terrier de mirada aguda, con el pelo largo y rizado. Te trae todos los objetos que le lanzas, te da la patita para ganarse la cena y se sabe tantos trucos que no me acuerdo ni de la mitad. Su dueño es un granjero que nos ha dicho que el perro le resulta tan útil que vale una fortuna. Por ejemplo, caza ratas, y... ¡Oh, perdón! —exclamó Alicia arrepentida—, ¡me parece que he vuelto a ofenderlo!

Y así era. El Ratón se alejaba de ella nadando con todas sus fuerzas, y provocaba a su paso un verdadero torbellino de agua en la superficie del charco. Alicia lo llamó con tono cariñoso:

—¡Querido Ratoncito! ¡Vuelva, por favor! ¡Le prometo que no hablaremos más de perros ni de gatos, puesto que no le gustan nada de nada!

Al oír esas palabras, el Ratón dio media vuelta y lentamente se acercó a Alicia. Con el hocico

pálido (de ira, pensó Alicia) y los miembros temblorosos, dijo con una débil vocecilla:

—Tenemos que llegar hasta la orilla: te contaré mi historia, y así comprenderás por qué odio a los perros y a los gatos.

Ya iba siendo hora de salir de allí, pues el charco se encontraba saturado de animales que habían caído en él. Había un pato y un dodo, un loro y un aguilucho, y otras muchas criaturas curiosas. Todo el grupo se puso a nadar hacia tierra firme, detrás de Alicia.

### **Capítulo 3**

#### **Una carrera electoral y una historia que trae cola**

¡Sí que fue una asamblea extraña la que se celebró en la orilla! Las aves arrastraban el plumaje empapado y los otros animales tenían

el pelo planchado contra el cuerpo, y todos chorreaban, incómodos y de mal humor.

El primer problema era, desde luego, pensar cómo iban a secarse. Cada quien expresó su opinión, y al cabo de unos minutos a Alicia le pareció que era lo más natural del mundo mantener aquella conversación como si se conocieran de toda la vida. Sobre todo sostuvo un prolongado debate con el Loro, que acabó por declarar, enfurruñado:

—¡Soy más viejo que tú, y por lo tanto sé mejor lo que hay que hacer! —Cosa que Alicia no estaba dispuesta a admitir sin conocer su edad. Pero como el Loro se negó categóricamente a decir los años que tenía, el debate concluyó ahí.

Por fin, el Ratón, que parecía ejercer cierta autoridad sobre el resto de sus compañeros, ordenó:

—¡Sentaos todos y escuchadme! ¡Ya veréis como os dejo secos rápidamente!

Ante estas palabras, todos formaron un círculo a su alrededor. Alicia lo miraba fijamente con

algo de ansiedad, pues estaba segura de que iba a agarrar un buen resfriado si no se secaba pronto.

—¡Ejem! —empezó el Ratón, dándose aires de importancia—. ¿Estáis todos preparados? Os voy a contar la historia más reseca que conozco. Silencio, por favor, que empiezo: «Puesto que el Papa se mostraba favorable a la causa de Guillermo el Conquistador, este recibió enseguida la sumisión de los ingleses, quienes, al estar acostumbrados a las conquistas y a las usurpaciones, estaban buscando unos nuevos dirigentes. Edwin y Morcar, los condes de Mercia y de Northumbria...».

—¡Brrr! —dijo el Loro con un escalofrío.

—Disculpa, ¿decías? —preguntó el Ratón cortésmente.

—¡Nada, nada! —se apresuró a responder el Loro.

—Ah, me había parecido —murmuró el Ratón—. Sigo: «Edwin y Morcar, condes de Mercia y

de Northumbria, se declararon a favor; y hasta Stigand, el arzobispo de Canterbury, cuyo patriotismo era por todos conocido, encontrólo oportuno...».

—¿Encontró qué? —preguntó el Pato.

—Encontró «lo» —respondió el Ratón—. Imagino que sabrás lo que significa «lo».

—Sé perfectamente lo que significa «lo» cuando soy yo mismo el que lo encuentra —contestó el Pato—. Y, por lo general, «lo» suele ser un gusano o una rana. La cosa es qué encontró el arzobispo.

Sin hacer caso de la observación, el Ratón prosiguió su relato:

—«Encontrolo oportuno y acompañó a Edgard Atheling en su búsqueda de Guillermo para ofrecerle la corona. Al principio, la conducta de Guillermo fue moderada. Pero la insolencia de los normandos...». Bueno, querida, ¿qué tal te encuentras ahora? —interrumpió la narración para dirigirse a Alicia.

—¡Sigo igual de empapada! —se lamentó la niña—. Esta historia no me está secando en absoluto.

—En ese caso —declaró solemnemente el Dodo—, propongo que se aplace la sesión y que adoptemos sin dilación medidas enérgicas destinadas a...

—¡Habla en cristiano! —se quejó el Aguilucho—. No entiendo la mitad de esas cosas tan grandilocuentes que dices, y tampoco creo que tú mismo las entiendas.

Bajó la cabeza para ocultar una sonrisa burlona, pero algunos animales se rieron sin disimulo.

—Lo que quería decir —prosiguió el Dodo algo molesto— es que la mejor forma de secarnos sería organizar una carrera electoral.

—¿Qué es una carrera electoral? —preguntó Alicia, no porque tuviera especial interés en saberlo, sino porque el Dodo guardaba silencio y no parecía que nadie quisiera tomar la palabra.

—Pues verás, la mejor forma de explicar en qué consiste es organizar una —respondió.

(Y como a vosotros también podría apeteceros organizar una, en un día de invierno, voy a contaros lo que hizo el Dodo).

Primero, dibujó en el suelo los límites de una pista más o menos redonda:

—La forma exacta no tiene demasiada importancia —aclaró.

A continuación, todos los miembros del grupo se colocaron aquí y allá dentro de la pista. No hubo ningún «¡preparados, listos, ya!», sino que cada cual se ponía a correr por donde mejor le parecía y se paraba cuando lo estimaba conveniente, de tal modo que resultaba difícil decidir cuándo terminaba la carrera. No obstante, al cabo de una media hora de tumulto, todos quedaron completamente secos, y el Dodo declaró acabada la carrera. Entonces todos se agruparon en torno a él, jadeando y preguntando quién había ganado.

Para responder a esa pregunta, el Dodo necesitaba madurar la respuesta largo y tendido, de modo que permaneció sentado reflexionando, con un dedo en la frente (que es la misma postura que adopta Shakespeare en casi todos sus retratos), mientras el grupo guardaba silencio, expectante. Por fin, declaró:

—Todos hemos ganado y todos debemos recibir un premio.

—Pero ¿quién va a hacer la entrega? — preguntaron los otros al unísono.

—¡Pues ella, por supuesto! —decidió el Dodo señalando a Alicia.

Todos los participantes rodearon a la niña, reclamando a voz en grito:

—¡Los premios! ¡Los premios!

Alicia no sabía qué hacer y, desesperada, rebuscó en sus bolsillos y encontró una caja de grageas (que, por fortuna, no se habían disuelto en el agua salada), y las repartió entre el corro. Había exactamente una para cada uno.

—Pero ella también tendrá que recibir un premio —observó el Ratón.

—Desde luego —asintió el Dodo muy serio y, dirigiéndose a Alicia, preguntó—: ¿Qué más tienes en los bolsillos?

—Solo un dedal... —respondió ella con desilusión.

—A verlo —ordenó el Dodo.

Una vez más, se apelotonaron todos a su alrededor, mientras el Dodo le ofrecía el dedal, declarando solemnemente:

—Te rogamos que aceptes este elegante dedal.

Cuando concluyó aquel breve discurso, todos aplaudieron. Alicia pensó que aquella ceremonia era totalmente absurda, pero los animales parecían tan serios que no se atrevió a reírse. Y, como no sabía qué responder, se limitó a hacer una ligera reverencia y a aceptar el dedal con gran solemnidad.

Lo siguiente era comerse las grageas, cosa que se llevó a cabo en medio de un total barullo y confusión, pues los pájaros grandes se quejaban de que las grageas no sabían a nada,

mientras que los pequeños se atragantaban con ellas, y hubo que darles palmaditas en la espalda. No obstante, cuando hubieron terminado, se sentaron de nuevo en círculo y suplicaron al Ratón que les contara otra historia.

—Si lo recuerda, me había prometido que me contaría por qué odia a los g... y a los p... —dijo Alicia, sin pronunciar las palabras que podrían ofender al Ratón.

—Es que mi historia trae cola, una cola bien larga y bien triste... —respondió el Ratón, volviéndose hacia ella.

—¿Larga y triste? —preguntó Alicia—. Pues sí, es verdad que es larga —reconoció mientras contemplaba la cola del Ratón—. Pero ¿por qué triste? —y siguió pensando en aquel curioso problema mientras el Ratón hablaba, de modo que el relato que contó adoptó en la imaginación de Alicia la siguiente forma:

El perro Furia amenazó a un ratón que en su casa se encontró:

«¡Vamos a juicio! Ven, que te acuso, aunque sea un abuso.

Te abro una causa, ¡te perseguiré sin pausa!».

El Ratón contestó: «Un pleito de esa guisa, sin juez y sin jurado,

—No estás atendiendo —le reprochó el Ratón a Alicia con severidad—. ¿En qué estas pensando?

—Por favor, perdóneme —dijo Alicia humildemente—. Había llegado usted a la quinta curva, si no me equivoco.

—¡Eso lo dudo! —gruñó el Ratón, furioso.

—¿Cómo que un nudo? —Alicia oyó mal, y examinaba al Ratón con preocupación—: Si tiene un nudo, deje que lo ayude a deshacerlo —se ofreció, como siempre, dispuesta a ser útil.

—¡Ni hablar! —exclamó el Ratón, que se levantó y se alejó del grupo—. ¡Es insultante escuchar tamaños disparates!

—¡Ha sido sin querer! —decía en su defensa la pobre Alicia—. ¡Pero es que usted se enfada por cualquier cosa, la verdad!

Por toda respuesta el Ratón emitió un gruñido.

—Por favor, ¡vuelva y termine su relato! —le suplicó Alicia.

—¡Sí, por favor! —imploraron a coro los demás animales.

Pero el Ratón, sacudiendo la cabeza indignado, se alejó con paso ligero.

—¡Qué lástima que se haya ido! —suspiró el Loro.

Una mamá Cangrejo aprovechó para decirle a su hija:

—Hija mía, ¡así aprenderás a no perder la calma nunca más!

—¡Calla, mamá! —contestó irritada la joven Cangrejita—. Por Dios, ¡acabarías con la paciencia de una ostra!

—¡Cómo me gustaría que estuviera aquí Dina! —exclamó Alicia sin dirigirse a nadie en

particular—. ¡Nos traería al Ratón de vuelta en menos que canta un gallo!

—¿Y quién es Dina, si no es indiscreción? — preguntó el Loro.

Alicia, que siempre estaba encantada de hablar de su mascota preferida, respondió con gran entusiasmo:

—Dina es nuestra gata. Tendríais que ver cómo caza ratones, ¡no os lo podéis imaginar! ¡Y si la vierais persiguiendo a los pájaros! En cuanto ve uno, ¡se lo come de un bocado!

Aquellas palabras provocaron una reacción imprevista en la asamblea. Algunos pájaros salieron volando de inmediato; una vieja Urraca ahuecó las plumas concienzudamente y dijo:

—Creo que me voy a casa ya; el frío de la noche no es nada bueno para mi garganta.

Y un Canario llamó a sus hijos con voz temblorosa:

—¡Niños, nos vamos! Ya es hora de irse a la cama.

Con mil pretextos, todos se despidieron, y enseguida Alicia se quedó sola.

—No tendría que haber hablado de Dina —se lamentó—. A nadie por aquí parece gustarle, y eso que es la mejor gatita del mundo. ¡Mi Dina querida! ¡Me pregunto si volveré a verte alguna vez!

Y en esto la pobre Alicia se echó a llorar, pues se sentía muy sola y desconsolada. Pero al poco oyó a lo lejos un leve rumor de pasos y levantó los ojos, con la ligera esperanza de que el Ratón hubiera cambiado de opinión y hubiera decidido volver para terminar de contar su historia.

## **Capítulo 4**

### **El pequeño Bill en la chimenea**

Era el Conejo Blanco, que brincaba mirando a su alrededor muy preocupado. Parecía que

hubiera perdido algo, y Alicia oyó que murmuraba:

—¡La Duquesa! ¡La Duquesa! ¡Ay, mis pobres patitas! ¡Ay, mi piel y mis bigotes! ¡Me va a ejecutar, eso lo saben hasta los hurones! ¿Dónde demonios los habré metido?

Alicia adivinó al instante que estaba buscando el abanico y los guantes. Como era una niña muy dispuesta, se puso a buscarlos también, pero no sirvió de nada: después del charco de lágrimas, todo había cambiado, y la gran salita, la mesa de cristal y la puertecilla habían desaparecido por completo.

Poco después, el Conejo descubrió a Alicia y se dirigió a ella muy enfadado:

—Pero Mary Ann, ¿qué estás haciendo ahí? ¡Ve corriendo a casa y tráeme un par de guantes y un abanico! ¡Deprisa!

Alicia tuvo tanto miedo que se fue en la dirección indicada sin intentar sacarlo de su error.

«¡Me ha tomado por su criada! —pensó mientras corría—. Menuda sorpresa se va a

llevar cuando le diga quién soy. Pero más vale que primero le lleve el abanico y los guantes..., ¡si es que los encuentro!».

Pensando esto, llegó a una hermosa casita. En la puerta había una placa de cobre que tenía grabada la siguiente inscripción:

«C. BLANCO»

Alicia entró sin llamar y subió corriendo las escaleras, aterrorizada con la idea de toparse con la verdadera Mary Ann y de que la echaran de allí sin haber encontrado el abanico y los guantes.

«¡Qué extraño es esto de hacer recados para un conejo! —pensó—. Después de esto, supongo que será Dina la que me mande a buscar lo que necesite».

Y se puso a imaginar cómo sería:

—Señorita Alicia, vístase y prepárese para salir a dar su paseo —diría la niñera.

—¡Voy enseguida! ¡Pero es que Dina me ha encargado que vigile esta ratonera hasta que vuelva para que no se escape ningún ratón! — respondería Alicia.

Y luego pensó: «En realidad, no creo que Dina durara mucho tiempo en casa si le diera por impartir órdenes de esa forma».

En ese momento, entró en un pequeño dormitorio que estaba muy ordenado. Tal y como esperaba vio sobre una mesa, delante de la ventana, un abanico y varios pares de diminutos guantes blancos de cabritilla. Cogió el abanico y un par de guantes y, cuando se disponía a salir, observó un frasquito que había al lado de un espejo. Esta vez no se veía ninguna etiqueta que dijera: «BÉBEME», pero de todos modos llegó hasta él y lo destapó.

«En este lugar siempre sucede algo interesante cuando bebo o cuando como —pensó—. Vamos a ver qué ocurre si me tomo este brebaje. Espero que me haga crecer, porque ya estoy harta de tener este tamaño tan ridículo».

Y así fue, aunque creció mucho más rápido de lo que habría deseado. Antes de ingerir la mitad del contenido, ya tocaba el techo con la cabeza, lo que la obligó a agacharse para no romperse el cuello. Rápidamente soltó el frasco y exclamó:

—¡He crecido demasiado! Ahora no puedo salir por la puerta. ¿Por qué habré bebido tanto?

Por desgracia, de nada sirvió lamentarse: Alicia seguía creciendo sin parar, y enseguida tuvo que ponerse de rodillas en el suelo. Un minuto después, como ya no quedaba sitio suficiente, se tumbó, apoyó un codo contra la puerta y pasó el otro brazo por debajo de la cabeza. A continuación, como seguía creciendo, tuvo que sacar el brazo por la ventana, metió un pie en la chimenea y pensó: «¡Ahora no puedo moverme! ¿Qué va a ser de mí?».

Por suerte, el frasco mágico ya había surtido todo su efecto, y Alicia dejó de crecer. De todos modos, se encontraba en una posición muy incómoda y, al no poder salir del pequeño dormitorio, se sintió muy desgraciada.

«La vida es mucho más agradable en casa — pensó—. Allí al menos no nos pasamos el día creciendo y menguando de repente, y los ratones y los conejos no te dan órdenes. Casi empiezo a arrepentirme de haber entrado en la madriguera. Aunque..., pese a todo, ¡esta aventura es de lo más extraordinario! Me

pregunto qué es lo que ha podido sucederme... Cuando leía cuentos de hadas, creía que todas esas cosas eran imposibles, ¡y ahora estoy viviendo una de ellas! Deberían escribir un libro sobre mí, ¡eso es! De hecho, cuando crezca, yo misma escribiré uno... Aunque en realidad ya he crecido —observó con tristeza—. En cualquier caso, ¡no sé cómo podría crecer más aún dentro de esta habitación!».

Y le seguían asaltando pensamientos: «Pero si ya no puedo seguir creciendo, ¿me quedaré para siempre con la edad que tengo hoy? Lo bueno es que nunca llegaría a ser vieja, aunque por otro lado, ¡tendría que aprender lecciones durante toda la vida! ¡Qué fastidio! Mi pobre Alicia, ¡pero qué tonta puedes llegar a ser! —se rebatía a sí misma—. ¿Cómo vas a aprenderte las lecciones aquí? ¿Cómo vas a meter libro alguno en una habitación en la que apenas cabe tú?».

Y durante un buen rato siguió charlando de esa guisa consigo misma, haciéndose preguntas y respondiéndolas. Por fin, oyó una voz fuera de la casa y guardó silencio para prestar atención.

—¡Mary Ann! ¡Mary Ann! —decía la voz—. ¡Tráeme los guantes inmediatamente!

A continuación, se oyó en la escalera un ruido de pasos apresurados. Alicia supo que era el Conejo, que volvía para ver qué estaba haciendo, y se puso a temblar de tal modo que la casa entera empezó a dar sacudidas. Se había olvidado de que ahora era mil veces más grande que el animal y que, por tanto, no había motivo alguno para tenerle miedo.

Enseguida el Conejo llegó al rellano y giró el picaporte. Pero como la puerta se abría hacia dentro y el codo de Alicia se había quedado apoyado contra el batiente, resultaba imposible entrar.

—¡Conque esas tenemos! ¡Pues daré la vuelta y entraré por la ventana! —rezongó el Conejo en voz alta.

«¡De eso nada!», pensó Alicia. Cuando calculó que el Conejo estaba colocado debajo de la ventana, abrió bruscamente la mano y la agitó como si quisiera atrapar alguna cosa. No apresó nada, pero oyó un grito, un ruido de caída y un estrépito de cristales rotos, por lo

que dedujo que el Conejo había debido de caer en un semillero de pepinos o algo parecido.

Entonces, el Conejo, con gran irritación en la voz, gritó:

—¡Pat! ¡Pat! ¿Dónde estás? —y alguien que Alicia no conocía respondió:

—¡Aquí, señoría, cavando en busca de manzanas!

—¡Cavando en busca de manzanas! —repitió el Conejo con crispación—. ¡Pues deja eso y ven a sacarme de aquí! —Nuevo ruido de cristales rotos—. Y ahora dime, ¿qué es eso que sobresale por mi ventana?

—¿Eso? Pues un brazo —pronunció «braso»—, claro está, señoría.

—¡Se dice brazo, no «braso», animal! ¿Has visto alguna vez un brazo de semejante tamaño? ¡Si ocupa toda la ventana!

—Claro está, pero no deja de ser un brazo...

—Bueno, pues aquí no lo quiero para nada, así que ve a quitarlo de ahí.

Luego hubo un largo silencio, y Alicia oyó cuchicheos intermitentes de este tipo: «¡Eso no me gusta nada, señoría, claro que no!» y «¡Obedece, mendrugo!». Por fin, volvió a abrir la mano, movió el brazo, y al instante se oyeron dos gritos seguidos de un nuevo estrépito.

«¿Pero cuántos semilleros de pepino tienen aquí? —se preguntó Alicia—. ¿Y ahora qué piensan hacer? Porque si creen que me van a sacar por la ventana, no sé cómo lo van a conseguir. Sin embargo, me vendría de perlas, porque podría irme de aquí».

Esperó otro rato, pero no volvió a oír nada más. Entonces, reconoció el sonido de las ruedas de una carretilla, y llegó hasta ella un barullo de voces mezcladas. Distinguió la siguiente conversación:

—¿Dónde está la otra escalera?

—¡Oye, que solo he podido traer una! Bill se ha llevado la otra...

—¡Bill, tráela, muchacho! Ahí, ponedlas en la esquina.

—No, ¡primero hay que unir las! Incluso unidas no llegan ni a la mitad de la altura...

—Oh, así está bien, ¡no seas gruñón!

—¡Toma, Bill, sujeta esta cuerda!

—¿Creéis que el techo aguantará?

—¡Cuidado, se ha soltado una teja! ¡Cuidado abajo! —Ruido de la teja contra el suelo.

—¿Quién ha sido?

—Me parece que ha sido Bill.

—¿Quién va a bajar por la chimenea?

—Yo no, ¡baja tú!

—Ni hablar, ¡yo tampoco bajo!

—Le toca bajar a Bill.

—¿Lo oyes, Bill? ¡El amo ha dicho que te toca bajar a ti por la chimenea!

«Conque sí, ¿eh? Conque Bill va a bajar por la chimenea —pensó Alicia—. No es justo, me da la impresión de que le toca a él hacerlo todo. No me gustaría nada estar en su lugar: tal vez

esta chimenea sea muy estrecha, pero seguro que puedo darle una patada».

Adentró la pierna todo lo que pudo y esperó hasta que el bichejo (cuya especie no logró adivinar), reptando a tientas y aferrándose a las paredes, bajó hasta el hogar. Entonces pensó: «¡Este es Bill!», dio un puntapié seco y aguzó el oído para escuchar lo que pasaba a continuación. Primero se oyó un coro de exclamaciones:

—¡Mirad, Bill ha salido por los aires!

Luego el Conejo exclamó:

—¡Id a buscarlo junto a la valla!

Luego se produjo un silencio seguido de una algarabía de voces:

—¡Levantadle la cabeza!

—¡Dadle aguardiente! ¡Y no lo zarandeéis! Vamos, muchacho, ¿qué ha pasado? ¿Qué te ha ocurrido? ¡Cuenta!

Por fin se oyó una vocecilla débil y aguda. «¡Ese es Bill!», pensó Alicia.

—Lo cierto es que no lo sé muy bien... No, gracias, ya no quiero más aguardiente, ya me encuentro mejor... Todo está todavía demasiado borroso en mi mente para que os lo cuente. Lo único que sé es que se me ha acercado una cosa como si fuera un muñeco resorte disparado de la caja y que, acto seguido, me he visto volando por los aires como un cohete.

—Ya lo creo que ibas por los aires — exclamaron sus amigos.

—¡Tendremos que quemar la casa! —decidió el Conejo.

—¡Ah, no, ni hablar! ¡Si lo hacéis, os envío a Dina! —gritó Alicia con todas sus fuerzas.

Al instante se hizo un silencio mortal, y Alicia pensó: «¿Y ahora qué van a sacarse de la manga? Si fueran un poco más astutos, levantarían el tejado».

Al cabo de uno o dos minutos, el grupo volvió a agitarse, y Alicia oyó:

—Una carretillada bastará de momento — decía el Conejo.

«¿Una carretillada de qué?», se preguntó Alicia. Pronto lo supo: al segundo, un granizo de guijarros entró por la ventana, y algunos le dieron en la cara.

«¡Ya está bien de tantas tonterías!», pensó, y exclamó:

—¡Ni se os ocurra volver a hacerlo! —Y sus palabras provocaron un nuevo silencio.

Entonces Alicia vio sorprendida que los guijarros se transformaban en galletitas al caer al suelo. Se le ocurrió una brillante idea.

«Si me como una, estoy convencida de que cambiaré de tamaño; y, como me parece impensable crecer aún más, digo yo que menguaré».

Se comió una galleta y, encantada, vio que empezó a encoger en el acto.

En cuanto fue lo bastante pequeña como para pasar por la puerta, salió corriendo de la casa. Un tropel de animales y aves la estaban esperando. Bill, el pobre lagarto, se encontraba en medio del grupo, sostenido por dos Conejillos de Indias que lo obligaban a beber

de una botella. Cuando vieron a Alicia, se abalanzaron sobre ella, pero la niña se escapó a todo correr y se adentró en un frondoso bosque.

«Lo primero que tengo que hacer —pensó mientras andaba sin rumbo— es recuperar mi tamaño normal. Y lo segundo es encontrar el camino que me lleve al precioso jardín. Me parece un excelente plan».

Aquel plan, sencillo y preciso al mismo tiempo, parecía, en efecto, excelente. El problema era que Alicia no tenía ni la menor idea de cómo llevarlo a cabo. De pronto, mientras exploraba los alrededores con inquietud, se oyó un ladrido justo encima de su cabeza. Rápidamente levantó la nariz. Un enorme perro la miraba desde lo alto y le acercaba sus ojos grandes y redondos. Tímidamente, tendió la pata para tocarla.

—¡Pobre animalito! —exclamó Alicia con un tono muy cariñoso, haciendo un gran esfuerzo por emitir un silbido de llamada.

En realidad, esperaba que el animal no tuviera demasiada hambre. De lo contrario, a pesar de

sus mimos y caricias, ¡podría acabar entre sus fauces!

Sin pensar demasiado lo que hacía, recogió una rama seca y se la acercó al cachorro. En el acto, el perrito se puso a pegar saltos y a ladrar de alegría, y luego se abalanzó sobre la vara fingiendo un ataque. Para que no la pisoteara, Alicia se refugió detrás de una gran cardo, pero, en cuanto volvió a asomarse, el cachorro saltó con tanto ímpetu que dio una voltereta. Alicia, que tenía la impresión de que estaba jugando con un caballo percherón y temía sin cesar que el perro la aplastara, volvió a esconderse rápidamente. El cachorro, por su parte, fingía que atacaba la vara, y avanzaba y retrocedía, sin dejar de ladrar. Por fin, exhausto, se alejó un poco y se sentó a descansar, con la lengua colgando y los ojos medio cerrados.

Se presentó la ocasión de escapar. Alicia se puso a correr lo más rápido que le permitieron sus piernas, y solo cuando los ladridos del cachorro se convirtieron en un sonido muy lejano dejó de correr, sin aliento. «¡Qué

cachorrillo más adorable! —pensó, mientras se apoyaba en un botón de oro y se abanicaba con una de sus hojas—. Me habría encantado enseñarle algunos trucos, si..., bueno, si hubiera recuperado mi tamaño normal. ¡Dios mío! Tengo que volver a crecer, ¡casi lo había olvidado! Veamos... ¿Qué puedo hacer? Supongo que tengo que comer o beber alguna cosa, pero ¿qué?».

Ese qué era la cuestión que había que resolver. Con calma, Alicia examinó las flores y la hierba, sin saber qué era lo que, en tales circunstancias, podría ser la comida o la bebida adecuada. Luego se acercó a una seta de aproximadamente su mismo tamaño. La inspeccionó por debajo, por los lados y por detrás y, de pronto, se le ocurrió tratar de ver lo que había por encima. Se puso de puntillas para echar una ojeada, entonces su mirada se cruzó con una enorme oruga azul que estaba sentada con los brazos cruzados en el centro de la seta, fumando tranquilamente un narguile, sin demostrar el más mínimo interés por nada de lo que sucediera a su alrededor.

## Capítulo 5

### Los consejos de la Oruga

Tras observarse mutuamente durante un buen rato, la Oruga se sacó el narguile de la boca y, con voz adormilada, preguntó:

—¿Y tú quién eres?

No es que fuera una forma muy alentadora de entablar conversación.

—Yo... Es que no lo tengo muy claro, señora, al menos por ahora —respondió Alicia un poco cohibida—. En realidad, cuando me he levantado esta mañana sí que sabía exactamente quién era, pero me temo que desde entonces he sufrido varias transformaciones.

—¿A qué te refieres? —preguntó la Oruga con aspereza—. ¡Explícate!

—Creo que no voy a ser capaz, señora, dado que yo ya no soy yo, ¿comprende?

—Pues no, no comprendo nada —gruñó la Oruga.

—Me temo que no voy a poder ser más clara —respondió Alicia amablemente—; ni siquiera yo misma comprendo lo que me pasa. Cuando una cambia de tamaño tantas veces como yo, y en un solo día, se queda, cuando menos, algo turbada. Es comprensible, ¿no le parece?

—¡Pues no! —exclamó la Oruga.

—Usted, lógicamente, todavía no lo sabe —prosiguió Alicia—, pero cuando se transforme en crisálida (cosa que, sin duda, le ocurrirá antes o después) y luego en mariposa, sin duda le parecerá bastante extraño.

—¡En absoluto! —replicó la Oruga.

—Bueno, tal vez a usted le dé igual —dijo Alicia—, pero a mí, desde luego, me resultaría de lo más extraño...

—¡A ti! ¿Pero quién eres tú? —dijo la Oruga con desprecio.

Y así volvieron al punto de partida. Un poco molesta por el tono tan seco con el que se dirigía a ella, Alicia se enderezó todo lo que pudo y declaró muy dignamente:

—Creo que es usted la que debería decirme quién es, en primer lugar.

—¿Y eso por qué? —replicó extrañada la Oruga.

Era una pregunta muy embarazosa. Como no encontraba una respuesta convincente, y la Oruga se mostraba realmente antipática, Alicia se giró sobre sus talones y se alejó.

—¡Vuelve aquí! —le gritó la Oruga—. ¡Tengo una cosa importante que decirte!

Esperanzada, la niña se dio la vuelta.

—¡Debes aprender a mantener la calma! —le previno la Oruga.

—¿Eso es todo? —preguntó Alicia aplacando su cólera lo mejor que pudo.

—No.

Como no tenía nada mejor que hacer, Alicia decidió esperar. Al fin y al cabo, tal vez la Oruga le transmitiera una enseñanza interesante.

Durante unos minutos, la Oruga fumó en silencio y, por fin, descruzando los brazos, se sacó el narguile de la boca y preguntó:

—De modo que, en tu opinión, te han cambiado, ¿es así?

—Eso me temo, señora. Ya no recuerdo las cosas como antes... Y me resulta imposible mantener la misma estatura durante diez minutos seguidos.

—¿Y qué cosas no recuerdas?

—Verá, he intentado recitar Ved cómo la laboriosa abeja —respondió Alicia con melancolía—, pero me venían a la cabeza unos versos completamente distintos.

—Recítame Sois ya viejo, padre William —le ordenó la Oruga.

Alicia juntó las manos y empezó a recitar:

—Sois ya viejo, padre William,  
pero, pese a vuestras canas,

vais por ahí haciendo el pino,  
y eso no es cosa muy sana.

Le dice el padre a su hijo:

—Al contrario que hace años,  
no creo que la gimnasia  
a mi coco cause daño.

—Estáis gordo, padre William,  
mas, con todo vuestro peso,  
entráis dando volteretas,  
¿propio es eso de un obeso?

Le dice el padre a su hijo:

—Más flexible soy que antes,  
gracias a este bebedizo.

¿Quieres probarlo, tunante?

—Dientes ya no os quedan, padre,  
en la quijada y, en cambio,  
¡una oca, con sus huesos,  
entera habéis devorado!

—Hablé tanto ante los jueces

en mis días de letrado  
que la quijada y los dientes  
intactos se han conservado.

—La vista tenéis cansada,  
conque decidme, mi padre,  
¿cómo hacéis el equilibrio  
con esta anguila tan grande?

—¡Hijo, por Dios, ya es bastante!  
Hoy estoy muy ocupado.

Deja de hacerme preguntas  
¡y vete a freír espárragos!

—¡Lo has recitado fatal! —observó la Oruga.

—Sí, me temo que no muy bien —reconoció  
Alicia humildemente—. He cambiado algunas  
palabras...

—¡Está mal de principio a fin! —sentenció la  
Oruga con tono categórico.

Al cabo de unos minutos, volvió a hablar:

—¿Qué estatura desearías tener?

—La verdad es que me da un poco igual —se apresuró a responder Alicia—. Lo que no me gusta nada es andar cambiando todo el tiempo, ¿sabe?

—No, no sé nada —respondió la Oruga.

Alicia guardó silencio. Nunca hasta ese momento le habían llevado tanto la contraria, y empezaba a perder la calma.

—¿Te gusta el tamaño que tienes ahora? —preguntó la Oruga.

—Bueno, no me importaría ser un poco más alta, si no es molestia. Ocho centímetros es una estatura realmente ridícula.

—¡A mí me parece estupenda! —replicó la Oruga irguiéndose (medía exactamente ocho centímetros).

—Ya, pero yo no estoy acostumbrada —explicó Alicia con desesperación.

Y pensó: «¡Ojalá estas criaturas no se sintieran ofendidas a la primera de cambio!».

—Con el tiempo acabarás acostumbrándote —dijo la Oruga.

Y se puso a dar caladas otra vez. Esta vez, Alicia esperó pacientemente a que la Oruga decidiera volver a dirigirle la palabra. Al cabo de un par de minutos, esta se sacó el narguile de la boca, dio un par de bostezos y se estiró. Luego bajó de la seta y se alejó reptando por la hierba. A modo de despedida, se limitó a decir:

—Uno de los lados te hará crecer, y el otro te hará menguar.

«¿Uno de los lados de qué? ¿El otro lado de dónde?», se preguntó Alicia.

—¡De la seta! —respondió la Oruga, como si Alicia hubiera hecho la pregunta en voz alta, y luego desapareció.

Alicia pasó un rato contemplando la seta, tratando de adivinar dónde tendría los dos lados. Como era perfectamente redonda, la solución no era nada fácil; pero al final rodeó el hongo con los dos brazos y las dos manos y arrancó un trozo de cada extremo.

«Y ahora, ¿cuál será el bueno?», se preguntó, dando un mordisquito al trozo que tenía en la

mano derecha. Al momento, notó que la barbilla chocaba bruscamente con los pies.

Se llevó un susto de muerte por aquel repentino resultado, y comprendió que estaba menguando muy rápidamente; así pues, sin un segundo que perder, decidió probar el otro trozo. La barbilla estaba tan aplastada contra los pies que apenas pudo abrir la boca, pero al final logró morder el pedazo de la mano izquierda.

—¡Por fin tengo la cabeza libre! —dijo aliviada, pero casi al instante, el alivio se convirtió en preocupación: ¡le habían desaparecido los hombros! Todo lo que alcanzaba a ver era un cuello desmesuradamente largo que parecía brotar como el tallo de una planta descomunal del bosque que se extendía a sus pies.

«¿Dónde se habrán metido mis hombros? —se preguntó Alicia—. ¡Oh, pobres manitas mías! ¿Cómo es que ya no las veo?». Las agitó mientras hablaba, pero no notó nada, salvo un ligero temblor entre las hojas de los árboles.

Como, por lo que se veía, no iba a poder subir las manos a la cabeza, intentó bajar la cabeza hasta las manos, y descubrió encantada que podía retorcer el cuello en todas las direcciones, como una serpiente. Acababa de curvarlo hacia abajo en un elegante zigzag, y se disponía a hundir la cabeza en la hojarasca, cuando un silbido agudo la hizo retroceder. Una gran paloma, batiendo las alas, se abalanzó brutalmente contra su rostro.

—¡Serpiente del demonio! —gritó.

—¡No soy ninguna serpiente! —protestó Alicia con indignación—. ¡Haga el favor de dejarme en paz!

—¡Serpiente, serpiente del demonio! —insistió la Paloma, y luego añadió gimoteando—: ¡Oh, lo he intentado todo, pero nada!

—De verdad que no entiendo lo que quiere decir —dijo Alicia.

—He probado en las raíces de los árboles, en las orillas de los ríos y en los setos —prosiguió la Paloma sin prestarle atención—. ¡Pero es imposible quitárselas de encima!

Alicia, cada vez más intrigada, decidió que era mejor esperar a que la Paloma terminara su monólogo.

—¡Como si no fuese bastante con tener que incubar huevos! —continuó—. ¡Encima me toca hacer guardia noche y día por culpa de las dichosas serpientes! Lo juro, ¡llevo tres semanas sin pegar ojo!

—¡Lo siento mucho! —dijo Alicia, que empezaba a comprender.

—Y justo cuando por fin me instalo en la copa más alta —siguió lamentándose la Paloma con un quebranto en la voz—, cuando por fin creía que me había librado de ellas, ¡se ponen a bajar del cielo zigzagueando! ¡Bu! ¡Serpiente! ¡Serpiente!

—¡Pero le aseguro que no soy una serpiente! —afirmó Alicia—. Soy una... una...

—¿Una qué, a ver? —se impacientó la Paloma—. Se nota que estás inventándote un cuento.

—Soy... una niña pequeña —dijo Alicia, sin demasiada convicción, al recordar todos los cambios que había sufrido aquel día.

—¡Salta a la vista! —gritó la Paloma con desprecio—. He visto muchas niñas pequeñas y ninguna tenía un cuello como el tuyo. ¡Que no, que no! ¡Que tú eres una serpiente, por mucho que lo niegues! Y luego me dirás que no has comido huevos en tu vida, ¿verdad?

—Pues claro que he comido huevos —confesó Alicia, que no sabía mentir—. Pero las niñas también comen huevos.

—¡No me creo una palabra de lo que dices! Pero si lo que dices es verdad, significa que las niñas son una clase de serpientes, ¡y punto!

Era una idea tan nueva para Alicia que se quedó sin palabras, y la Paloma aprovechó para añadir:

—Sé perfectamente que estás buscando huevos, por tanto, ¿qué me importa que seas una serpiente o una niña?

—Pues a mí sí me importa, y mucho —contestó Alicia—. Pero de momento no estoy buscando

ningún huevo. Y aunque así fuera, no querría los suyos: ¡no me gustan los huevos crudos!

—Bueno, pues entonces fuera de aquí —gruñó la Paloma volviendo a su nido.

Alicia bajó al suelo como pudo; el cuello se le enganchaba en las ramas de los árboles y tuvo que detenerse varias veces para desenredarlo. Luego recordó que todavía conservaba los trocitos de seta, y se puso a mordisquearlos con mucho cuidado, primero uno, luego el otro, y crecía unas veces, menguaba otras, hasta que consiguió recuperar su estatura normal.

La había perdido hacía tanto tiempo que al principio le costó adaptarse. Pero enseguida se acostumbró y volvió a charlar consigo misma.

—¡Ya está! ¡He cumplido la mitad de mi plan! Realmente estas transformaciones son extraordinarias: nunca sé lo que va a ser de mí de un minuto a otro. Pero bueno, ya tengo mi tamaño de siempre. Ahora solo me queda entrar en el jardín maravilloso... ¿Cómo lo conseguiré?

Diciendo esto, llegó a un claro del bosque en el que se alzaba una casita de aproximadamente un metro y veinte centímetros de alto.

«Me pregunto quién vivirá aquí —pensó Alicia—, pero no puedo presentarme con esta estatura. Se morirían del susto, seguro».

Así pues, volvió a morder el trozo que tenía en la mano derecha, y hasta que no llegó a los veinticinco centímetros de altura no se acercó a la casa.

## **Capítulo 6**

### **Cerdo y Pimienta**

Alicia permaneció inmóvil unos minutos delante de la casa, sin saber muy bien qué hacer. De pronto, del bosque surgió un lacayo corriendo (la niña pensó que era un lacayo porque vestía una librea, pero, a juzgar por su cara, parecía más bien un pez). Con enérgicos

golpes, el lacayo llamó a una puerta que abrió otro lacayo con librea. Este tenía la cara redonda y los ojos saltones como los de una rana. Alicia observó que los dos llevaban una espesa peluca de rizos empolvada. Sintió tanta curiosidad que se alejó un poco de los árboles para escuchar lo que decían.

El lacayo-pez llevaba bajo el brazo un carta casi tan grande como él y se la entregó al otro, diciendo con gran solemnidad:

—Para la Duquesa. Una invitación de la Reina al partido de croquet.

Con la misma ceremonia, el lacayo-rana repitió la frase, pero alterando ligeramente el orden de las palabras:

—De la Reina. Una invitación al partido de croquet para la Duquesa.

Luego los dos hicieron una profunda reverencia, inclinándose tan abajo que se les enredaron los rizos.

Ante aquella escena, Alicia lanzó una carcajada tan sonora que tuvo que volver corriendo al bosque por miedo a que la oyeran. Cuando se

atrevió a mirar de nuevo, el lacayo-pez había desaparecido y el otro estaba sentado en el suelo, cerca de la entrada, mirando al cielo con cara de tonto. Alicia se acercó a la puerta tímidamente.

—No te molestes en llamar —dijo el lacayo—, por dos motivos: primero, porque me encuentro en el mismo lado que tú. Y, segundo, porque se está armando tal jaleo ahí dentro que nadie va a oírte.

Y era verdad. Del interior de la casa salía un ruido escandaloso, gritos y una sucesión ininterrumpida de estornudos, a veces ahogados por un enorme estrépito, como si de repente se hiciera añicos algún plato o alguna tetera.

—Ya —dijo Alicia—. En ese caso, ¿podría indicarme cómo entrar?

—Tal vez tendría sentido llamar a la puerta —siguió diciendo el lacayo sin escuchar a Alicia—, si esta se encontrara situada entre tú y yo. Por ejemplo, si tú estuvieras en el interior y yo aquí

fuera; en ese caso, tú llamarías, yo abriría, y así podrías salir.

Hablaba sin dejar de mirar al cielo, lo cual le pareció una completa descortesía a Alicia. «A lo mejor es que no puede evitarlo —pensó—. Como tiene los ojos tan arriba... Con todo, podría responder al menos a las preguntas que le hacen».

—¿Cómo puedo entrar? —volvió a preguntar.

—Me parece que me voy a quedar aquí sentado hasta mañana... —dijo el lacayo.

En ese momento, la puerta de la casa se abrió de pronto y salió un plato volando en dirección al lacayo, le rozó la nariz y fue a estrellarse contra un árbol.

—O tal vez hasta pasado mañana —siguió diciendo el lacayo con el mismo tono, como si tal cosa.

—¿Cómo puedo entrar? —preguntó de nuevo Alicia, alzando un poco la voz.

—¿Acaso tienes que entrar? ¡He ahí la cuestión! —dijo el lacayo.

Tenía toda la razón, pero a Alicia no le gustaba que le llevaran la contraria.

—¡Hay que ver lo insolentes que son todas estas criaturas! —murmuró—. ¡Es como para volverse loca!

El lacayo consideró que había llegado el momento de retomar su monólogo.

—Me quedaré aquí sentado durante días enteros.

—¿Y yo qué tengo que hacer? —insistió Alicia.

—¡Haz lo que te apetezca! —respondió el lacayo, y acto seguido se puso a silbar.

—¡Es totalmente inútil hablar con él! ¡Menudo pasmarote! —exclamó la niña con exasperación.

Así pues, abrió la puerta, entró en la casa y fue a dar a una gran cocina llena de humo. La Duquesa estaba sentada en un taburete y mecía a un niño, mientras una cocinera, inclinada sobre el fogón, removía un enorme caldero lleno de sopa.

—¡Es evidente que esta sopa tiene demasiada pimienta! —dijo Alicia dando varios estornudos seguidos.

Y era verdad. Flotaba mucha pimienta en el ambiente; la Duquesa se puso también a estornudar, seguida del niño, que estornudó entre dos estridentes chillidos. Los únicos habitantes que no parecían inmutarse lo más mínimo por aquello eran la cocinera y un gato enorme que descansaba a su lado y que esbozaba una sonrisa de oreja a oreja.

—Disculpe, señora —preguntó Alicia con timidez, pues no estaba muy segura de que fuera de buena educación ser la primera en hablar—, ¿podría decirme por qué sonrío el gato de esa manera?

—Porque es un gato de Chester, por eso. ¡Cerdo!

La Duquesa pronunció esto último con tal violencia que Alicia se asustó, pero luego comprendió que se dirigía al bebé; entonces recobró algo de valor:

—No sabía que los gatos de Chester sonrieran. La verdad es que ni siquiera sabía que los gatos pudieran sonreír.

—Todos pueden, y la mayoría lo hace.

—Nunca había visto ninguno hasta que llegué aquí —dijo Alicia, feliz de poder por fin entablar conversación.

—Está claro que no has visto muchas cosas.

Ante aquella desagradable observación, Alicia prefirió cambiar de tema. Pero mientras ella intentaba encontrar algo de que hablar, la cocinera retiró el caldero del fuego y se puso a lanzar contra la Duquesa todo lo que tenía a mano: una pala, unas pinzas y un atizador, seguidos de una avalancha de cacerolas, platos y fuentes diversas. La Duquesa no hacía el menor caso, ni siquiera cuando algún proyectil la alcanzaba. El bebé, por su parte, gritaba tan fuerte que era prácticamente imposible saber si lloraba de dolor o no.

Alicia estaba aterrorizada y daba saltos de un lado a otro:

—¡Por favor, tenga cuidado! ¡Oh! ¡Y ahora su pobre naricita! —se lamentaba al ver una enorme cacerola estamparse contra la cara del niño.

—¡Si cada quien se ocupara de sus propios asuntos, la Tierra giraría más deprisa! —gruñó la Duquesa.

—Pero eso no serviría de gran cosa —observó Alicia, encantada de aprovechar la ocasión para exhibir sus conocimientos—. Piense en el caos que eso provocaría con el día y la noche. Pues ya se sabe que la Tierra da vueltas sin cesar durante veinticuatro horas para ejecutar una rotación y...

—¿Ha dicho ejecutar? —interrumpió la Duquesa—. ¡Que le corten la cabeza!

Alicia miró con horror a la cocinera, pero esta estaba tan ocupada removiendo la sopa que no parecía haber oído la orden.

—Eso creo, veinticuatro horas... —volvió a hablar Alicia—. ¿O eran doce? Yo...

—¡Ya basta de cifras! —gritó la Duquesa—. Siempre he odiado los números.

Volvió a mecer al niño y a cantarle; al final de cada verso le daba una sacudida:

«Mano dura con el niño  
si le da por estornudar,  
pues lo hace con un solo afán:  
incordiar y sacar de quicio».

CORO (formado por la cocinera y el niño):

«¡Uo! ¡Uo! ¡Uo!».

Durante la segunda estrofa, la Duquesa sacudía al niño de arriba abajo, y el bebé gritaba tan fuerte que Alicia casi no distinguía la letra de la canción.

«Mano dura con este nene,  
un cachete, si estornuda,  
pues ¿no soporta cuando quiere  
la pimienta que más le gusta?».

CORO:

«¡Uo! ¡Uo! ¡Uo!».

—¡Ven, puedes acunarlo un rato, si quieres! — le dijo la Duquesa a Alicia, y le lanzó el niño por los aires como si fuera un paquete—. Tengo que ir a prepararme para el partido de croquet de la Reina.

La Duquesa salió a toda prisa de la habitación, sorteando por los pelos una sartén que le arrojó la cocinera. A Alicia le costó coger al niño en brazos, pues el bebé, que tenía una forma muy extraña, meneaba los brazos y las piernas hacia todos lados, «como una estrella de mar», pensó Alicia.

El pobre niño sorbía y resoplaba como una locomotora, y no paraba de forcejear y retorcerse, con tal ímpetu que durante los dos primeros minutos Alicia tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para que no se le escurriera.

En cuanto averiguó cómo mantenerlo tranquilo (lo cual logró inmovilizándolo mediante una especie de llave consistente en sujetarlo a un tiempo por la oreja y por el pie derecho), salió de la casa.

—Si no me llevo al niño conmigo —pensaba—, van a terminar matándolo; sería un crimen dejarlo aquí abandonado.

Había pronunciado estas últimas palabras en voz alta, a las que el niño respondió con un gruñido (por fin había dejado de estornudar).

—No gruñas —dijo Alicia—. No es un modo muy correcto de expresarse.

El bebé emitió otro gruñido y Alicia lo miró preocupada. Tenía una nariz muy respingona, que se parecía más a un hocico que a una nariz, y unos ojos diminutos. A Alicia le parecía que el conjunto era bastante desagradable.

«A lo mejor es por culpa de los sollozos», pensó.

Examinó los ojos del niño para ver si derramaba lágrimas, pero no vio ninguna.

—Si te transformas en cerdo, querido niño —declaró con un tono muy serio—, dejaré de cuidarte. Así que mucho cuidado.

A modo de respuesta, el pobre niño se puso a llorar (o tal vez a gruñir, resultaba imposible distinguirlo), y los dos emprendieron la

marcha. Alicia estaba preguntándose lo que haría cuando estuviera de vuelta en casa, cuando el niño soltó un nuevo gruñido, y esta vez fue tan fuerte que se quedó mirándolo estupefacta. Ya no cabía ninguna duda: el niño era definitivamente un cerdito.

No tenía ningún sentido seguir llevándolo en brazos, así que lo dejó en el suelo y se sintió muy aliviada de ver cómo se iba trotando hacia el bosque.

«De mayor —pensó Alicia—, habría sido un niño muy feo, pero como cerdo me parece que es bastante bonito». Recordó a otros niños que conocía y que también serían unos lindos cerditos. «Ojalá pudiéramos cómo transformarlos...», pensaba, cuando, de pronto, se pegó un susto al ver al Gato de Chester posado en una rama de árbol.

El animal sonrió, y a Alicia le pareció muy agradable; pero como tenía unas garras muy muy largas y gran cantidad de dientes, decidió que era mejor dirigirse a él respetuosamente.

—Minino de Chester... —empezó diciendo con prudencia, sin saber si al animal le parecería correcto ese apelativo.

El Gato alargó aún más la sonrisa. «Bueno, parece que le gusta», pensó Alicia, y volvió a hablar:

—¿Podría decirme, por favor, qué camino debo tomar para salir de aquí?

—Eso depende sobre todo del lugar adonde quieras ir —respondió el Gato.

—Me da un poco igual —dijo Alicia.

—Entonces el camino también da igual.

—... siempre que llegue a alguna parte —explicó Alicia.

—Oh, seguro que llegas a alguna parte, si caminas lo suficiente.

Eso era innegable, por lo que Alicia trató de hacerle otra pregunta:

—¿Cómo son los habitantes de por aquí?

—Por este camino vive el Sombrerero —contestó el Gato haciendo un gesto con la pata derecha—. Y por ese otro —levantó la pata

izquierda— vive la Liebre de Marzo. Puedes ir a visitarlos, tanto al uno como a la otra: los dos están locos.

—¡Pero yo no quiero visitar a gente loca! —protestó Alicia.

—Pues lo tienes muy difícil —dijo el Gato—. En este lugar estamos todos locos. Yo estoy loco y tú estás loca.

—¿Y cómo sabe que estoy loca? —preguntó Alicia con asombro.

—Debes estarlo, pues, de lo contrario, no habrías venido aquí... —dijo el Gato.

La niña consideró que aquel razonamiento no era muy convincente.

—Y usted, entonces, ¿cómo sabe que está loco? —preguntó.

—Para empezar —dijo el Gato—, convendrías conmigo en que los perros no están locos, ¿verdad?

—Supongo que tiene razón...

—Pues bien —siguió diciendo el Gato—, habrás observado que un perro gruñe cuando está

enfadado y mueve la cola cuando está contento. Yo muevo la cola cuando estoy enfadado y gruño cuando estoy contento. Conclusión: estoy loco.

—Yo a eso lo llamo ronronear, no gruñir — observó Alicia.

—Llámalo como más te guste. ¿Vas a asistir al partido de croquet de la Reina, esta tarde?

—Me encantaría, pero nadie me ha invitado...

—¡Me verás allí! —aseguró el Gato.

Y desapareció. Alicia no se sorprendió mucho, pues empezaba a acostumbrarse a todas aquellas extravagancias. Pero cuando todavía estaba mirando el lugar desde el que el Gato había hablado, este volvió a aparecer.

—Por cierto, ¿qué ha sido del bebé? —le preguntó.

—Se ha convertido en cerdito —respondió Alicia, como si se tratara de la cosa más normal del mundo.

—No me extraña... —murmuró el Gato, y de nuevo se volvió invisible.

Alicia esperó un rato por si reaparecía, pero no ocurrió nada y, al cabo de unos minutos, se fue en dirección al lugar donde vivía la Liebre de Marzo.

«Sombrereros ya he visto —pensó—. La Liebre de Marzo será más interesante y, puesto que estamos en mayo, tal vez no esté completamente loca... Al menos, no tan loca como en marzo». Mientras andaba en estos pensamientos, alzó los ojos y vio otra vez al Gato, sentado sobre una rama.

—¿Has dicho cerdo o cardo? —preguntó.

—He dicho cerdo —respondió Alicia—. Y, por favor, no ande apareciendo y desapareciendo de esa forma tan brusca.

—De acuerdo —asintió el Gato.

Y esta vez se desvaneció muy despacio, empezando por el final de la cola y terminando por la sonrisa, que siguió flotando en el aire durante un buen rato.

«¡Dios mío! —pensó Alicia—. He visto muchos gatos sin sonrisa, ¡pero nunca una sonrisa sin gato! ¡Esto sí que es increíble!».

No tuvo que caminar mucho para llegar hasta la casa de la Liebre de Marzo. Supuso que era su casa porque las chimeneas tenían forma de orejas de liebre, y el tejado estaba cubierto de piel. Pero la morada era tan grande que, antes de acercarse, Alicia mordisqueó un trocito de seta que tenía en la mano izquierda. Cuando midió unos sesenta centímetros, siguió andando, aunque algo temerosa: «¿Y si al final resulta que está loca de remate? —pensaba—. Casi me arrepiento de no haber ido a casa del Sombrerero».

## **Capítulo 7**

### **Una merienda de locos**

Bajo un árbol, delante de la casa, había una mesa puesta, y la Liebre de Marzo estaba tomando el té con el Sombrerero. Sentado entre los dos había un lirón profundamente dormido y los otros dos, hablando por encima

de su cabeza, se apoyaban en él como si fuera un almohadón.

«Debe de ser muy incómodo para el Lirón — pensó Alicia—. Pero como está durmiendo, supongo que no le molestará».

Aunque la mesa era muy grande, los tres estaban apiñados en una esquina.

—¡No queda sitio! ¡No queda sitio! —gritaron cuando vieron llegar a Alicia.

—¡Pero si hay sitio para dar y tomar! —respondió indignada, y se sentó en un butacón.

—Sírrete un vaso de vino —le propuso la Liebre de Marzo amablemente.

Alicia miró la mesa, pero allí solo había té.

—No veo vino por ningún lado —señaló.

—Es que no lo hay —reconoció la Liebre de Marzo.

—Pues en ese caso no es muy cortés por su parte ofrecérmelo —replicó Alicia con fastidio.

—Y tampoco es muy cortés que te sientes a mi mesa sin que te haya invitado —replicó la Liebre de Marzo.

—No sabía que fuera su mesa: tiene cubiertos para más de tres personas —dijo Alicia.

—Necesitas un corte de pelo —declaró el Sombrerero, quien llevaba un buen rato observando a Alicia y abría la boca por primera vez.

—No es de buena educación criticar a las personas —respondió Alicia con tono severo—. Es una grandísima falta de educación.

El Sombrerero abrió los ojos como platos, pero todo lo que acertó a responder fue esto:

—¿En qué se parece un cuervo a un pupitre?

«¡Estupendo! Vamos a divertirnos —pensó Alicia—. Me alegro de que nos pongamos a jugar a las adivinanzas».

—¡Seguro que lo adivino! —exclamó en voz alta.

—¿Quieres decir que conoces la respuesta? —preguntó la Liebre de Marzo asombrada.

—Desde luego.

—Entonces di lo que piensas.

—Siempre digo lo que pienso —se apresuró a responder Alicia—. Es decir, siempre pienso lo que digo. Es lo mismo, ¿no?

—Ni mucho menos —replicó el Sombrerero—. Es como si dijeras que «veo lo que como» es lo mismo que «como lo que veo».

—O como si dijeras que «me gusta lo que tengo» es lo mismo que «tengo lo que me gusta» —apuntó la Liebre de Marzo.

—O como si dijeras que «respiro cuando duermo» es lo mismo que «duermo cuando respiro» —añadió el Lirón, que al parecer hablaba mientras dormía.

—Ah, pero en tu caso sí que es lo mismo —observó el Sombrerero.

Y, diciendo esto, los cuatro se quedaron callados durante un minuto, mientras Alicia intentaba recordar todo cuanto sabía sobre los cuervos y los pupitres, es decir, poca cosa. El Sombrerero fue el primero que rompió el silencio:

—¿A qué día estamos hoy? —preguntó dirigiéndose a Alicia.

Se había sacado el reloj del bolsillo y lo consultaba con desazón, dándole sacudidas y llevándose lo al oído. Alicia pensó un poco antes de responder.

—Estamos a cuatro.

—¡Va dos días atrasado! —murmuró el Sombrerero, en un suspiro—. ¡Te advertí que esa mantequilla no era la más adecuada para engrasar la maquinaria! —gruñó, fulminando a la Liebre de Marzo con la mirada.

—Pero si era mantequilla blanda... —se disculpó la Liebre muy apenada.

—Tal vez, pero se habrán atascado unas miguitas —refunfuñó el Sombrerero—. No había que untarla con el cuchillo del pan.

La Liebre de Marzo cogió el reloj, lo observó con tristeza, lo hundió en su taza de té y volvió a mirarlo. Pero solo pudo repetir la frase del principio:

—Era mantequilla blanda, te lo aseguro.

Alicia, que había observado el reloj con curiosidad por encima del hombro de la Liebre, exclamó:

—¡Qué reloj tan extraño! Indica el día del mes, pero no la hora.

—¿Y por qué habría de indicar la hora? — murmuró el Sombrero—. ¿Acaso tu reloj indica el año en que estamos?

—¡Desde luego que no! —contestó inmediatamente Alicia—. Pero eso es porque un año dura mucho tiempo.

—Pues lo mismo ocurre con mi reloj — concluyó el Sombrero.

Aquella frase, que aparentemente no tenía ningún sentido, dejó a Alicia bastante desconcertada.

—No lo entiendo del todo —dijo tratando de poner el tono más educado posible.

—Mira, el Lirón se ha vuelto a quedar dormido... —observó el Sombrero.

Le derramó un poco de té caliente en el hocico. El Lirón meneó la cabeza con fastidio y luego, sin abrir los ojos, farfulló:

—Claro, claro, eso es lo que estaba a punto de decir yo también.

—¿Has encontrado la solución de la adivinanza? —preguntó el Sombrerero volviéndose hacia Alicia.

—No, la verdad es que no... ¿Cuál es?

—No tengo ni la menor idea —dijo el Sombrerero.

—Ni yo —dijo la Liebre de Marzo.

Alicia lanzó un suspiro.

—Me parece que tendrían que dejar de perder el tiempo planteando adivinanzas si no saben las soluciones —declaró.

—Si conocieras al Tiempo tan bien como yo —dijo el Sombrerero—, no hablarías de perderlo como si fuera un objeto. El Tiempo es una persona.

—No sé a lo que se refiere —titubeó Alicia.

—¡Por supuesto que no! —exclamó el Sombrerero meneando la cabeza con gesto de desprecio—. Seguro que nunca has hablado con el Tiempo, ¿a que no?

—Seguramente no —respondió Alicia con prudencia—. Solo sé que en mis clases de música tengo que marcarlo.

—¡Eso lo explica todo! El Tiempo odia que lo marquen. Si te llevaras bien con él, haría todo lo que tú quisieras. Por ejemplo, imagínate que fueran las nueve de la mañana y que tuvieras que empezar a estudiar tus lecciones: pues bastaría con que le dijeras una palabra y, ¡hop!, las agujas de los relojes girarían a toda velocidad, y de pronto sería la una y media, o sea, la hora del almuerzo.

—¡Ojalá lo fuera! —suspiró la Liebre de Marzo.

—Eso sería maravilloso, desde luego —dijo Alicia con voz soñadora—. Pero entonces no tendría hambre...

—Al principio probablemente no —reconoció el Sombrerero—. Pero podrías hacer que las agujas del reloj de pared se detuvieran en la una y media durante todo el tiempo que quisieras.

—¿Es eso lo que hacen ustedes?

El Sombrerero negó tristemente con la cabeza.

—¡Ay, por desgracia, no! —respondió—. El Tiempo y yo nos peleamos el pasado mes de marzo, justo antes de que esta (y señaló a la Liebre de Marzo con su cuchara de té) se volviera loca. Sucedió en el gran concierto que dio la Reina de Corazones, en el que yo tenía que cantar:

Brilla, murcielaguito, brilla.

Me pregunto qué es de tu vida.

»Supongo que conoces esta canción.

—Me suena de algo —afirmó Alicia.

—Y luego sigue:

Volando, el cielo vas surcando  
y el té en bandeja vas llevando,  
brilla, brilla...

El Lirón se sacudió y, mientras dormía, empezó a cantar: «Brilla, brilla, brilla...», y como siguió cantando un buen rato, hubo que pellizcarlo para que se callara.

—Bueno, pues apenas había terminado la primera estrofa —siguió diciendo el Sombrerero—, cuando la Reina se levantó de

un salto y gritó: «¡No respeta la Medida, está matando el Tiempo! ¡Que le corten la cabeza!».

—¡Qué horror! —exclamó Alicia.

—Desde ese día, el Tiempo se niega a hacer lo que le pido; por eso ahora son siempre las seis de la tarde.

Alicia de pronto vio la luz y preguntó:

—¿Por eso hay tantas tazas de té en esta mesa?

—Sí —respondió el Sombrerero lanzando un suspiro—. Para nosotros siempre es la hora del té. Por esa razón nunca podemos lavar la vajilla.

—Entonces, ¿se pasan todo el día dando vueltas alrededor de esta mesa?

—Eso es. Avanzamos a medida que las tazas se van ensuciando.

—¿Y qué ocurre cuando vuelven al sitio de partida? —se le ocurrió preguntar a Alicia.

—¿Y si hablamos de otra cosa? —intervino la Liebre de Marzo dando un bostezo—. Ya me he

cansado de este tema de conversación. Propongo que esta niña nos cuente un cuento.

—Me temo que no me sé ninguno —respondió rápidamente Alicia, algo agobiada ante la sugerencia.

—Bueno, en tal caso, el Lirón va a contarnos uno —exclamaron los otros dos. Y cada uno por su lado le dio un pellizco:

—¡Eh, Lirón, despierta!

El Lirón abrió los ojos con gran esfuerzo.

—¡No estaba durmiendo! —murmuró carraspeando—. Estaba escuchando todo lo que decíais.

—¡Cuéntanos un cuento! —le pidió la Liebre de Marzo.

—¡Oh, sí, por favor! —suplicó Alicia.

—Pero rapidito —añadió el Sombreroero—, no sea que te quedes dormido antes del final.

—Había una vez tres hermanitas —el Lirón empezó el cuento muy deprisa—. Se llamaban Elsie, Lacie y Tillie, y vivían en el fondo de un pozo...

—¿Y qué comían? —preguntó Alicia, que siempre demostraba un gran interés por todo lo referente a la comida.

—Comían melaza —respondió el Lirón, tras meditar la respuesta unos segundos.

—Eso es imposible —observó Alicia amablemente—. Se habrían puesto enfermas...

—Pero es que estaban enfermas. Incluso muy enfermas.

Alicia trató de imaginar cómo se podría vivir de aquella manera. Le parecía un poco complicado, por lo que volvió a formular una pregunta:

—¿Y cómo es que vivían en el fondo de un pozo?

—Toma más té —dijo la Liebre de Marzo con gravedad.

—De momento no he bebido nada —respondió Alicia ofendida—, por lo que no puedo tomar más de algo que antes no he tomado.

—Te refieres a que no puedes tomar menos de algo que no has tomado —aclaró el Sombrerero—. Porque es muy fácil tomar más que nada...

—¡Nadie le ha pedido su opinión! —replicó Alicia.

—¿Quién es la que critica ahora? —le hizo ver el Sombrerero triunfalmente.

Alicia no supo qué responder, por lo que se sirvió una taza de té y cogió una tostada con mantequilla. Luego se volvió hacia el Lirón y volvió a formular su pregunta:

—¿Por qué vivían en el fondo de un pozo?

Tras unos minutos de reflexión, el Lirón declaró:

—Era un pozo de melaza.

—¡Eso no existe! —exclamó Alicia indignada.

El Sombrerero y la Liebre de Marzo dijeron:

—¡Shhh! ¡Shhh!

Y el Lirón rezongó de mal humor:

—Si no te comportas con educación, termina tú misma de contarlo.

—¡No, por favor, no se calle! —imploró Alicia humildemente—. No volveré a interrumpir. Ahora que lo dice, tal vez existan pozos de este tipo, aunque solo sea uno.

—¡Desde luego que existe uno! —gruñó el Lirón, indignado.

Sin embargo, aceptó seguir narrando su historia.

—Bueno, pues decía que las tres hermanitas aprendían a extraer...

—¿A extraer el qué? —interrumpió Alicia, que había olvidado por completo la promesa que acababa de hacer.

—¡Pues melaza! —se apresuró a responder el Lirón.

—¡Necesito una taza limpia! —intervino el Sombrerero—. Vamos a corrernos todos un sitio.

Se cambió de sitio mientras hablaba, seguido del Lirón, y la Liebre de Marzo ocupó el lugar que acababa de dejar libre el Lirón. Alicia los imitó de mala gana. El Sombrerero era el único que salía ganando con el cambio; Alicia fue a

ocupar una plaza mucho peor que la anterior, pues la Liebre de Marzo acababa de derramar una jarra de leche dentro de su plato.

Como no quería ofender al Lirón otra vez, volvió a hablar con mucha prudencia:

—Pero no lo entiendo: ¿de dónde extraían las hermanas la melaza?

—¡Si se puede sacar agua de un pozo de agua, no veo por qué no iba a poder sacarse melaza de un pozo de melaza, estúpida! —exclamó el Sombrerero.

—¡Pero si estaban en el fondo del pozo! —insistió Alicia, fingiendo que no había oído el desagradable comentario del Sombrerero.

—Por supuesto que estaban en el fondo del pozo —replicó el Lirón—. Pero muy muy en el fondo.

Aquella respuesta dejó a Alicia tan desconcertada que por un momento dejó que el Lirón siguiera contando su historia.

—También aprendían a dibujar —siguió relatando el Lirón bostezando y frotándose los

ojos, pues tenía mucho sueño—. Y dibujaban miles de cosas que empezaban por M...

—¿Y por qué por M? —preguntó Alicia.

—¿Y por qué no? —replicó la Liebre de Marzo.

Alicia se calló. El Lirón había cerrado los ojos y empezó a dar cabezadas, pero al pellizcarle el Sombrerero, se despertó pegando un gritito y respondió:

—... Miles de cosas que empezaban por M, como monedas, mentes, memoria o mismo; ¿sabías que existen expresiones como «lo mismo me da que me da lo mismo»? ¿Has visto alguna vez un dibujo de un mismo?

—Ahora que lo dice —respondió Alicia, sumida en una total confusión—, creo que no...

—Pues entonces, chitón —dijo el Sombrerero.

Aquella salida de tono tan desagradable era más de lo que Alicia podía soportar. Indignadísima, se puso en pie y se fue. El Lirón se quedó dormido y los otros dos ni se inmutaron, a pesar de que Alicia los miraba de reojo esperando que vinieran a buscarla. Pero

la última vez que se dio la vuelta vio cómo intentaban meter al Lirón en la tetera.

—¡Tardarán mucho en volver a verme por este lugar! —declaró mientras se dirigía hacia el bosque—. Es la merienda más absurda a la que he asistido.

Diciendo esto, observó una puerta que se abría al pie de un árbol.

«¡Qué curioso! —pensó—. Pero hoy todo es de lo más raro, así que voy a entrar, ¿por qué no?».

Y entró.

Por segunda vez, se encontró en el gran vestíbulo, de pie, cerca de la mesa de cristal.

—Esta vez voy a organizarme mejor —dijo con decisión.

Primero, cogió la llave y abrió la puerta que daba al jardín. Luego, se puso a mordisquear la seta (aún conservaba algunos trozos en los bolsillos), hasta que menguó a la mitad de su tamaño. Entonces, cruzó el pasillo y, por fin, entró en el maravilloso jardín de flores multicolores y fuentes de agua fresca.

## Capítulo 8

### El campo de croquet de la Reina

Junto a la entrada del jardín crecía un gran rosal. Estaba plagado de numerosas rosas blancas que tres jardineros se afanaban en teñir de rojo. Alicia, muy extrañada, se acercó y oyó que uno de ellos decía:

—¡Ten cuidado, Cinco! ¡Me estás salpicando de pintura!

—No lo he hecho aposta —respondió su compañero ásperamente—. ¡Es culpa de Siete, que me ha dado un codazo!

Siete lo miró y replicó indignado:

—¡Ah, muy bien, Cinco! ¡Para ti siempre es culpa de los demás!

—Mejor cierra el pico —replicó Cinco—. Ayer mismo oí que la Reina decía que merecías que te cortaran la cabeza.

—¿Y por qué? —preguntó el primer jardinero que había hablado.

—Eso no es de tu incumbencia, Dos —respondió Siete.

—Por supuesto que lo es —objetó Cinco—. Yo le voy a decir por qué: porque le has llevado a la cocinera bulbos de tulipán en vez de cebollas normales.

Siete arrojó al suelo su brocha. Había empezado a contestar:

—¡Vaya! De todas las injusticias del mundo... — Cuando su mirada se cruzó con la de Alicia, se quedó callado en el acto. Los otros dos se dieron la vuelta, y los tres hicieron una profunda reverencia.

—¿Podrían decirme por qué pintan las rosas de rojo? —preguntó Alicia con timidez.

Cinco y Siete no dijeron una palabra, pero miraron a Dos, que balbuceó:

—Pues verá, señorita, para decirle la pura verdad, este rosal tenía que haber sido rojo. Ahora bien, por error plantamos un rosal blanco, y si la Reina se entera nos cortará a

todos la cabeza. Por eso hacemos todo lo posible antes de que llegue, para...

En ese momento, Cinco, que vigilaba el fondo del jardín, gritó con gran angustia:

—¡La Reina! ¡La Reina!

Instantáneamente, los tres jardineros se arrojaron al suelo bocabajo. Se oyó un ruido de pasos; Alicia se dio la vuelta, encantada con la idea de ver a la Reina.

Abrían la marcha diez soldados portando bastos. Eran muy parecidos a los jardineros, igual de planos y rectangulares que ellos, con manos y pies en cada esquina de su cuerpo. Luego, desfilando por parejas, aparecieron diez cortesanos, vestidos con ropajes bordados de diamantes.

A continuación llegaron diez adorables infantes reales, que desfilaban alegremente cogidos de la mano y dando brincos. Llevaban corazones de arriba abajo y caminaban delante de los invitados, que eran en su mayoría reyes y reinas. Entre ellos, Alicia reconoció al Conejo

Blanco. Parecía muy nervioso e inquieto, hablaba atropelladamente y sonreía a todo lo que le decían. Pasó cerca de Alicia sin reparar en ella.

Detrás de él, la Sota de Corazones llevaba la corona real sobre un cojín de terciopelo y, cerrando el suntuoso cortejo, aparecieron por fin el Rey y la Reina de Corazones.

Alicia dudaba si no debería también ella tumbarse boca abajo, como los tres jardineros, pero no recordó que fuera ese el protocolo cuando pasaba un desfile.

«En realidad —pensó—, ¿para qué serviría un cortejo si todo el mundo se tumbara boca abajo y nadie pudiera verlo pasar?».

Así que esperó sin moverse de su sitio.

Cuando todos los personajes llegaron a la altura de Alicia, se detuvieron para mirarla y, con un tono adusto, la Reina preguntó a la Sota de Corazones:

—¿Quién es esa?

Sin responder, la Sota de Corazones se inclinó esbozando una sonrisa.

—¡Imbécil! —gritó la Reina levantando la barbilla con impaciencia. Luego se volvió hacia Alicia y le preguntó:

—¿Cómo te llamas, niña?

—Me llamo Alicia, Majestad —respondió Alicia con mucha educación, y añadió para sus adentros: «Bueno, en realidad son solo una baraja de naipes, no debo tener miedo».

—¿Y esos quiénes son? —preguntó la Reina señalando a los tres jardineros, que seguían postrados boca abajo junto al rosal.

Como estaban acostados con la cara contra el suelo y el dibujo de su espalda era el mismo que el de las otras cartas de la baraja, lógicamente resultaba imposible saber si eran jardineros, soldados, cortesanos o incluso infantes reales.

—¿Y cómo voy a saberlo? —respondió Alicia, sorprendida de su propio atrevimiento—. No es asunto mío...

La Reina enrojeció de ira. Echó a Alicia una mirada atroz y empezó a gritar:

—¡Que le corten la cabeza!

—¡Eso es ridículo! —exclamó rápidamente Alicia con tono decidido.

La Reina se quedó sin palabras.

—Piénsalo bien, querida —murmuró el Rey amedrentado, mientras posaba una mano en el hombro de su esposa—. ¡Pero si no es más que una niña!

La Reina, frenética, lo apartó y ordenó a la Sota que diera la vuelta a los jardineros; con cuidado, la Sota les dio la vuelta con el pie.

—¡Arriba! —ordenó la Reina de un grito.

En un santiamén, los tres jardineros se levantaron de un salto y ejecutaron una serie de reverencias ante los miembros del cortejo, los infantes reales, el Rey y la Reina.

—¡Parad! Me estáis mareando —ordenó la Reina y, señalando el rosal, dijo—: ¿Se puede saber qué estabais haciendo?

—Con permiso de Vuestra Majestad —empezó a explicar Dos humildemente—, estábamos...

—¡Ya lo veo! —le interrumpió la Reina cuando examinó las rosas—. ¡Que les corten la cabeza!

Y la procesión continuó su marcha, dejando tras de sí a tres soldados encargados de ejecutar a los desgraciados jardineros. Estos tres, muertos de angustia, se precipitaron hacia Alicia implorándole que los protegiera.

—¡Nadie os va a decapitar! —exclamó mientras los escondía en un gran tiesto de flores que había allí cerca.

Durante unos instantes, los soldados los buscaron por todas partes, y luego se reunieron tranquilamente con sus compañeros.

—¿Les habéis cortado las cabezas? —gritó la Reina.

—¡Han desaparecido por completo, Majestad!  
—respondieron los soldados.

—Perfecto. ¿Sabes jugar al croquet? —vociferó la Reina.

Los soldados miraron a Alicia, pues era obvio que la pregunta iba dirigida a ella.

—¡Sí! —contestó Alicia desgañitándose.

—¡Entonces ven conmigo! —gritó la Reina.

Alicia sintió gran curiosidad por lo que iba a suceder y se sumó corriendo al cortejo.

—Hace muy bueno hoy, ¿verdad? —susurró una tímida vocecilla muy cerca.

Era el Conejo Blanco, que caminaba a su lado observándola con preocupación.

—Sí, muy bueno —respondió Alicia—. ¿Dónde está la Duquesa?

—¡Shhh! ¡Shhh! —chistó el Conejo dándose la vuelta con gran apuro.

Luego se puso de puntillas y acercó la boca al oído de Alicia:

—La han condenado y van a cortarle la cabeza —le explicó en un susurro.

—¿Por qué será?

—Disculpa, ¿has dicho «qué pena me da»?

—No, no, no he dicho «qué pena me da», pues la Duquesa no me inspira ninguna pena. He dicho «por qué será». ¿Qué ha hecho?

—Ha abofeteado a la Reina... —empezó a explicar el Conejo.

Alicia soltó una carcajada, por lo que el Conejo murmuró con voz temblorosa:

—¡Shhh! ¡Por favor, te va a oír la Reina! Verás, la Duquesa ha llegado tarde y la Reina le ha dicho...

—¡Todos a vuestros puestos! —exclamó la Reina con una voz atronadora.

En el acto, todo el mundo se puso a correr a diestro y siniestro, y se chocaban unos contra otros, pero al cabo de unos instantes todos ocuparon su sitio y empezó el partido.

Alicia nunca había visto un campo de croquet tan raro como aquel: el suelo estaba abollado; las pelotas eran erizos vivos, los mazos eran flamencos y los arcos los formaban soldados que se doblaban haciendo el puente.

La primera dificultad que tuvo que sortear Alicia fue aprender a sujetar su flamenco. No le costaba demasiado inmovilizarlo bajo el brazo, con las patas colgando, y hasta lograba ponerle el cuello tieso, pero casi siempre, cuando se disponía a golpear al erizo, el flamenco se daba la vuelta para mirarla con una expresión tan

estúpida que no podía contener la risa. Luego, cuando lo ponía boca abajo y volvía a intentarlo, veía con desesperación que el erizo se había desenroscado y se alejaba sigilosamente. Por último, siempre había un hoyo o un montículo justo en el lugar en el que quería meter al erizo, y encima los soldados-arco no paraban de cambiar de sitio, así que Alicia llegó a la conclusión de que era un juego sumamente difícil.

Los participantes jugaban todos a la vez, se peleaban sin cesar y se birlaban los erizos unos a otros. Pronto la Reina montó en cólera y recorrió el campo dando patadas y gritando:

—¡Que le corten la cabeza! ¡Que le corten la cabeza! —A razón de una cabeza por minuto.

Alicia empezaba a preocuparse. Era verdad que todavía no había discutido con la Reina, pero presentía que iba a ocurrir de un momento a otro. «Y en ese caso —pensaba—, ¿qué va a ser de mí? Esta manía suya de ir cortando cabezas es terrorífica. Me parece increíble que queden tantos supervivientes por aquí».

Estaba tratando de inspeccionar el lugar para ver qué posibilidades tenía de escapar sin que la vieran, cuando, de pronto, observó una extraña aparición en el aire. Al principio no supo de qué se trataba, pero después de observar unos minutos comprendió que era una sonrisa que se estaba dibujando poco a poco, y se acordó del Gato de Chester.

—Por fin voy a tener alguien con quien hablar —dijo encantada.

—¿Qué tal estás? —preguntó el Gato cuando su boca terminó de formarse del todo.

Alicia esperó a que aparecieran los ojos para saludarlo con un movimiento de cabeza. «Para qué voy a hablar con él si no aparece al menos una de sus dos orejas» —pensó.

Al cabo de un minuto, se materializó toda la cabeza. Sin duda, el Gato consideró que ya era suficiente, y no dejó ver el resto del cuerpo. Alicia soltó el flamenco y, muy contenta de tener a alguien que la escuchara, empezó a contar el partido.

—En mi opinión no están jugando como es debido —protestó—. Y se pelean tanto que no se entiende lo que dicen. Además, no parece que haya reglas en este juego, o, si las hay, desde luego nadie las respeta... Y no se imagina lo difícil que resulta jugar con instrumentos vivos. Por ejemplo, en este momento, el arco por el que tengo que meter la bola se está yendo hacia el otro extremo del campo, y estoy segura de que podría haberle dado un buen golpe al erizo de la Reina si este no hubiese echado a correr al ver el mío.

—¿Te cae bien la Reina? —susurró el Gato.

—¡En absoluto! Es tan sumamente... —En ese momento, Alicia vio que la Reina estaba muy cerca, escuchando la conversación, y siguió diciendo—:... diestra en este juego, que no merece la pena seguir el partido.

La Reina se alejó con una sonrisa.

—¿Con quién hablas? —preguntó el Rey, que se acercó a Alicia mirando con interés la cabeza del Gato.

—Con mi amigo el Gato de Chester. Permitidme que os lo presente.

—No me gusta nada su expresión —declaró el Rey—. Pero puede hacerme el besamanos si lo desea.

—Preferiría abstenerme —replicó el Gato.

—No seas impertinente —dijo el Rey—. ¡Y no me mires de ese modo! —añadió, y fue a esconderse detrás de Alicia.

—Un Gato tiene derecho a mirar a un rey —recordó Alicia—. Lo leí una vez, pero ya no recuerdo en qué libro...

—Tal vez, pero este Gato tiene que marcharse —decidió el Rey, y llamó a su real esposa, que pasaba por allí—: Querida, me gustaría que hicieras desaparecer a este Gato.

La Reina solo sabía resolver los problemas de una manera.

—¡Que le corten la cabeza! —exclamó, sin siquiera darse la vuelta.

—Voy a buscar al verdugo —dijo el Rey, y se alejó a todo correr.

Alicia pensó que más le valía volver a jugar, pues a lo lejos oía que la Reina vociferaba fuera de sí. Ya había condenado a tres jugadores por haberse saltado su turno, y Alicia estaba preocupada, pues el partido era tal desbarajuste que le resultaba imposible adivinar cuándo le tocaba jugar a ella. Así pues, fue a buscar a su erizo.

Este estaba luchando contra otro erizo, y Alicia pensó que era una excelente oportunidad para hacer una carambola. El problema era que su flamenco se había escapado al fondo del jardín, y desde allí intentaba inútilmente salir volando para posarse en una rama.

Cuando lo recuperó y lo llevó a su sitio, la batalla había terminado y los dos erizos habían desaparecido.

—No pasa nada —pensó Alicia—, pues ya solo queda un arco en este lado del campo.

Entonces, atenazando al flamenco bajo su brazo para que no volviera a escaparse, se acercó a su amigo el Gato para charlar con él.

Cuando llegó al lugar donde él estaba, se sorprendió al ver la cantidad de público que lo rodeaba: el verdugo, el Rey y la Reina mantenían una acalorada discusión, mientras que el resto de asistentes, que parecían muy incómodos, no decía ni pío.

En cuanto Alicia se unió al grupo, los tres le pidieron ayuda para resolver una cuestión que los traía de cabeza. Cada uno de ellos sostenía una opinión, pero, como hablaban todos a la vez, la niña apenas comprendía lo que decían.

El verdugo repetía que era imposible cortar una cabeza si no estaba unida a un cuerpo, que él nunca había hecho nada parecido y que no estaba dispuesto a empezar a hacerlo a su edad.

El Rey repetía que toda cabeza podía ser cercenada, con o sin cuerpo, y que lo que decía el verdugo era una insensatez.

La Reina mantenía que, si no se encontraba de inmediato una solución, todo el mundo sería ejecutado en el acto (y esta última observación

explicaba la expresión de gravedad y desasosiego de la concurrencia).

Alicia, por fin, declaró:

—Este Gato pertenece a la Duquesa. Es a ella a quien debe consultarse.

—Está detenida. ¡Tráemela! —ordenó la Reina al verdugo.

Este desapareció como el rayo.

La cabeza del Gato, que había empezado a borrarse cuando el verdugo se marchó, había desaparecido por completo cuando este volvió, escoltando a la prisionera. Entonces, el Rey y el verdugo empezaron a buscarlo frenéticamente, mientras el resto de la audiencia volvía al juego.

## **Capítulo 9**

### **Historia de la Falsa Tortuga**

—¡Querida! ¡No sabes cuánto me alegro de volver a verte! —dijo la Duquesa, agarrando a

Alicia cariñosamente del brazo para pasear un rato con ella.

La niña se quedó gratamente sorprendida al verla de tan buen humor y pensó que, sin duda, el mal genio que había demostrado cuando la conoció se debía a la pimienta.

«Cuando yo sea Duquesa —soñaba—, no habrá pimienta en mi cocina. Al fin y al cabo, la sopa está muy rica sin pimienta y, además, seguro que es la pimienta lo que pone a la gente de mal humor —siguió pensando, contenta de explorar un nuevo razonamiento—. Y el vinagre les agria el carácter, y la camomila se lo amarga... Y el regaliz y las golosinas vuelven a los niños dulces y obedientes. Todo el mundo debería saberlo. Los padres serían mucho menos roñosos con los dulces...».

Se había olvidado por completo de la Duquesa, y dio un respingo cuando esta le susurró al oído:

—Querida, se te ha ido el santo al cielo y me dejas sin conversación. De momento no puedo extraer ninguna moraleja de esta historia, pero pronto daré con una.

—A lo mejor es que no la hay —se aventuró a decir Alicia.

—¡Pero qué insensatez! —exclamó la Duquesa—. Todo tiene su moraleja. El caso es encontrarla.

Y estrechó aún más fuerte el brazo de Alicia. A la niña aquello no le hacía mucha gracia, para empezar porque la Duquesa era feísima y, además, porque era tan bajita que apoyaba su puntiaguda barbilla en el hombro de la niña.

Pero Alicia, por educación, hizo todo lo posible por aguantar su fastidio.

—Parece que el partido va algo mejor —comentó, por decir algo.

—Así es —respondió la Duquesa—. Y la moraleja de esto es... es... ¡que el amor y solo el amor es lo que hace que el mundo gire!

—Pues alguien dijo una vez que el mundo giraba cuando cada quien se ocupaba de sus propios asuntos —murmuró Alicia.

—Bueno, viene a ser lo mismo —convino la Duquesa, que clavó aún más la afilada barbilla en el hombro de Alicia—. Y la moraleja de esto es: «Ocupaos del sentido, que las palabras se ocuparán de sí mismas».

«¡Y dale con sacarle una moraleja a todo!», pensó Alicia.

—Seguro que te estarás preguntando por qué no te paso el brazo por la cintura —dijo la Duquesa—. Es porque no me fío del carácter de tu flamenco. ¿Es manso?

—A lo mejor le da un picotazo —respondió Alicia, que no tenía ninguna gana de aquella muestra de afecto.

—Es verdad. Los flamencos son como la mostaza: los dos pican. Y la moraleja de eso es: «Bien está el pájaro en su nido».

—¡Pero si la mostaza no es un pájaro! —exclamó Alicia.

—Tienes razón, como siempre. La verdad es que tienes una percepción muy clara de las cosas.

—Creo que es un mineral —siguió explicando Alicia.

—Exacto, es un mineral —asintió la Duquesa, que parecía empeñada en no llevarle la contraria—. Hay cerca de aquí una gran mina de mostaza que es mía. Y la moraleja de esto es: «Mina mía no puede ser tuya».

—¡Ah, no, ya sé! —gritó Alicia, que no había prestado atención a esta última reflexión—. ¡La mostaza es una planta!

—Estoy totalmente de acuerdo —asintió la Duquesa—. Y la moraleja de esto es: «Sé lo que aparentas o, dicho de un modo más sencillo: no imagines jamás que puedes ser otra cosa distinta de lo que aparentas, puesto que lo que eres o lo que podrías haber sido no es más de lo que habrías sido a los ojos de los demás, incluso si hubieras sido otra persona distinta de la que creían que eras».

—Esto... tendría que escribirlo, pues la verdad es que creo que no he seguido muy bien su razonamiento —señaló Alicia con extrema educación.

—Huy, pues esto no es nada en comparación con cómo podría decírtelo si quisiera —se pavoneó la Duquesa, halagada.

—¡Por favor, no se moleste en decirlo con más palabras! —respondió Alicia.

—Pero si no es ninguna molestia —afirmó la Duquesa—. De hecho, mira, te regalo todo lo que te he dicho hasta ahora.

«Pues vaya un regalo barato —pensó Alicia—. Menos mal que nadie me hace regalos así por mi cumpleaños».

—¿Ya estás otra vez embebida en tus pensamientos? —preguntó la Duquesa, clavando de nuevo su puntiaguda barbilla en el hombro de Alicia.

—¡Tengo derecho a pensar! —replicó Alicia, que empezaba a perder la paciencia.

—Más o menos el mismo derecho que el que tienen los cerdos a volar —dijo la Duquesa—. Y la mora...

Para gran sorpresa de Alicia, interrumpió la frase a mitad de su palabra favorita, «moraleja», al mismo tiempo que empezaba a

temblarle el brazo con el que sujetaba a Alicia. La niña miró hacia delante. La Reina estaba plantada delante de ellas, con los brazos cruzados y echando culebras por los ojos.

—Qué buen día, Majestad —farfulló la Duquesa con voz temblorosa.

—Duquesa, te lo advierto con toda claridad —gruñó la Reina dando golpecitos con el pie—. Quiero que tu cabeza desaparezca de mi vista ya mismo. O te la cortan o te vas, tú eliges.

La Duquesa hizo su elección y se fue corriendo.

—Volvamos al juego —ordenó la Reina.

Alicia estaba demasiado asustada como para rechistar, y fue tras ella al campo de croquet.

Los demás invitados, que se habían puesto a descansar a la sombra, se levantaron corriendo a ocupar sus sitios, mientras que la Reina anunciaba indolentemente que el más mínimo retraso les costaría la vida. Durante el resto del partido, berreó sin cesar a los otros jugadores y vociferaba a cada paso:

—¡Que le corten la cabeza! ¡Que le corten la cabeza!

En el acto, los condenados eran apresados por los soldados, quienes, por ese motivo, dejaban de formar los arcos del juego, y enseguida, a excepción de la Reina, el Rey y Alicia, no quedó nadie en el campo, pues todos los jugadores se encontraban a la espera de que se ejecutara su sentencia.

Entonces, la Reina abandonó el juego, casi sin aliento, y preguntó a Alicia:

—¿Has conocido ya a la Falsa Tortuga?

—No —dijo Alicia—, ni siquiera sé lo que es eso...

—Es lo que se usa para hacer la sopa de Falsa Tortuga —explicó la Reina.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Pues ven —dijo la Reina—. Te va a contar su historia.

Mientras se alejaban, Alicia oyó que el Rey murmuraba a los condenados:

—¡Indulto para todos!

«¡Qué buen monarca!», pensó Alicia con gran alivio, pues todas aquellas sentencias le daban mucha pena.

Poco después, llegaron junto a un Grifo que estaba tumbado al sol y dormía profundamente.

—¡Arriba, gandul! —gritó la Reina—. Lleva a esta niña con la Falsa Tortuga para que conozca su historia. Yo tengo que regresar para encargarme de las ejecuciones que acabo de decretar.

Alicia se quedó sola con el Grifo. No le agradaba demasiado su aspecto, pero su compañía era mejor que la de la brutal Reina, que ya se alejaba.

—¡Puro teatro! —murmuró el Grifo.

—¿Qué es puro teatro? —preguntó Alicia.

—Pues la Reina, que se lo imagina todo. Aquí nunca le cortan la cabeza a nadie, ¿sabes? Anda, ven conmigo.

«Definitivamente, todo el mundo me da órdenes —pensó Alicia—. Jamás en mi vida había recibido tantas órdenes. ¡Jamás!».

Tras unos minutos de marcha, vieron a la Falsa Tortuga, que estaba sentada en una roca, muy triste y solitaria, y lloraba y lanzaba suspiros como si se le partiera el corazón.

—¿Por qué está tan afligida? —preguntó Alicia afectada.

—Todo son fantasías tuyas —respondió el Grifo con el mismo tono que había empleado con la Reina—. En realidad, no es más desgraciada que yo, ¿sabes? Bueno, ven.

Se acercaron a la Falsa Tortuga, y esta, sin decir palabra, los miró con sus grandes ojos inundados de lágrimas.

—Esta señorita ha venido para escuchar tu historia —explicó el Grifo.

—Muy bien —dijo la Falsa Tortuga—. Sentaos y no abráis la boca hasta que yo termine de hablar.

Se sentaron y esperaron unos minutos.

«No sé cómo pretende terminar su historia si ni siquiera la empieza», pensó Alicia, que sin embargo esperó pacientemente.

—Hubo un tiempo en que yo era una tortuga auténtica —dijo de pronto la Falsa Tortuga, tras lanzar un profundo suspiro.

Siguió a esas palabras un largo silencio, roto únicamente por los «¡Hrrrrrrr!» que emitía el Grifo de vez en cuando, y por los constantes sollozos de la Tortuga. Alicia estuvo a punto de levantarse y decir: «Gracias por su interesante historia, señora», pero suponía que el relato tenía por fuerza que continuar, por lo que se quedó sentada sin decir una palabra.

—Cuando éramos pequeñas —siguió contando por fin la Falsa Tortuga más tranquila, aunque profiriendo ligeros quebrantos aquí y allá—, mis hermanas y yo íbamos al colegio en el mar. Nuestro maestro era una vieja tortuga al que llamábamos Señor de Carey.

—¿Por qué lo llamaban así? —preguntó Alicia.

—¡Porque no paraba de exclamar «caray»! —explicó la Tortuga airadamente—. ¡Mira que eres boba!

—¡Debería darte vergüenza preguntar algo tan sumamente estúpido! —añadió el Grifo.

Los dos la miraron en silencio, tan intensamente que la pobre Alicia habría deseado que se la tragara la tierra. Por fin, el Grifo animó a la Tortuga para que siguiera contando su historia:

—Continúa, querida. No tenemos todo el día.

—Sí. Íbamos a la escuela en el mar —prosiguió la Tortuga—, aunque no te lo creas...

—¡No he dicho que no me lo crea! —exclamó Alicia.

—¡Sí que lo has dicho! —replicó la Tortuga.

—¡Cierra el pico! —añadió el Grifo antes de que Alicia pudiera responder.

—Recibíamos una excelente educación —siguió contando la Falsa Tortuga—. Teníamos clase todos los días...

—¡Yo también voy al colegio! —dijo Alicia—. ¡Tampoco es como para ir presumiendo por ahí!

—¿Tienes clases especiales? —preguntó la Tortuga con ansiedad.

—Sí —dijo Alicia—. Francés y Música.

—¿Y Lavado? —preguntó la Falsa Tortuga.

—¡Desde luego que no! —exclamó Alicia con indignación.

—¿Ah, no? Entonces tu colegio no es tan especial —declaró la Tortuga aliviada—. Verás, en nuestro colegio, teníamos Francés, Música y Lavado como asignaturas optativas.

—Pero si vivían bajo el agua, ¿para qué aprendían Lavado? —observó Alicia.

—De todos modos, yo no era tan adinerada como para apuntarme a las optativas —respondió la Tortuga lanzando un gran suspiro—. Solo asistí a las clases normales.

—¿Y cuáles eran? —preguntó Alicia.

—Primero aprendí a mecer y a esgrimir, claro está —respondió la Tortuga—; y también las operaciones aritméticas: fumar, reptar, putrificar y dimitir.

—Nunca he oído eso de putrificar —dijo Alicia—. ¿En qué consiste?

El Grifo se quedó boquiabierto y, echándose las patas a la cabeza, exclamó:

—¿Cómo? ¿No sabes lo que es putrificar? Pero sabrás lo que es embellecer, ¿no?

—Sí —titubeó Alicia—. Significa hacer que algo sea hermoso.

—Entonces, si no comprendes lo que es putrificar, es que debes de ser tonta de remate.

Alicia no encontró respuesta, así que no insistió y se volvió hacia la Tortuga:

—¿Y qué más aprendió?

—Pues Histeria, antigua y moderna, y Pescadografía; y también Inlujo. Nuestro profesor de Inlujo era una vieja anguila que nos daba clase una vez por semana y nos enseñaba la técnica de la acuaracola y de la tintura al poleo.

—¿Y eso cómo es? —preguntó Alicia.

—Por desgracia no puedo hacerte una demostración, porque ya no estoy en forma —dijo la Falsa Tortuga—. Y el Grifo no aprendió a tinturar.

—No tuve tiempo —refunfuñó el Grifo—. Pero yo también fui al colegio. Mi profesor de Lenguas Clásicas era un viejo cangrejo.

—Yo no asistí a sus clases —suspiró la Tortuga—. Creo que enseñaba Patín y Riego, ¿verdad?

—Eso es —afirmó el Grifo, lanzando también un suspiro.

Y los dos ocultaron el rostro entre las patas.

—¿Cuántas horas de clase tenían? —se apresuró a preguntar Alicia.

—Diez horas el primer día —respondió la Falsa Tortuga—, nueve al día siguiente, y así sucesivamente.

—¡Qué horario más raro! —dijo Alicia extrañada.

—Por eso se llaman cursillos —explicó el Grifo—, porque cada día son más pequeños.

Era una idea tan nueva para Alicia que estuvo meditándola un rato, y luego preguntó:

—Entonces, ¿el undécimo día era un día de vacaciones?

—Naturalmente —respondió la Falsa Tortuga.

—¿Y el duodécimo día qué hacían?

—Ya está bien de cursillos —concluyó de pronto el Grifo con tono de fastidio—. Ahora cuéntale cómo eran los juegos.

## **Capítulo 10**

### **La Contradanza de los Bogavantes**

La Falsa Tortuga lanzó un prolongado suspiro y se llevó una pata a los ojos. Luego miró a Alicia y trató de hablar, pero durante unos minutos los sollozos se lo impidieron.

—Parece como si tuvieras una espina en la garganta —explicó el Grifo, que consideró conveniente darle golpecitos en la espalda. Por fin, la Tortuga recuperó la palabra y, con lágrimas bañándole las mejillas, dijo a Alicia:

—Supongo que no habrás vivido mucho tiempo en el fondo del mar...

—Pues no, la verdad —respondió Alicia.

—Y es posible que nunca te hayan presentado a un bogavante...

—Una vez me dieron a probar... —empezó a decir Alicia, pero enseguida se interrumpió, avergonzada, y corrigió—: No, nunca.

—Por tanto, no puedes saber lo agradable que resulta la Contradanza de los Bogavantes...

—Pues no, no lo sé... ¿Cómo se baila?

—Verás —empezó explicando el Grifo—, primero se forma una fila en la orilla...

—Dos filas —corrigió la Falsa Tortuga—. Focas, tortugas, salmones, etcétera. Y luego, cuando se apartan las medusas...

—Cosa que por lo general requiere bastante tiempo —interrumpió el Grifo.

—... Todos dan un paso adelante...

—¡Y cada uno toma de pareja a un bogavante!  
—aclaró el Grifo.

—¡Eso es! —siguió diciendo la Tortuga—. Entonces, se dan dos pasos adelante hacia la pareja...

—... Luego se cambia de bogavante, y se dan dos pasos hacia atrás —terminó el Grifo.

—Entonces se lanzan los...

—¡Los bogavantes! —exclamó el Grifo dando un salto.

—... mar adentro, lo más lejos que se pueda, y luego ¡se da un salto mortal en el agua! —dijo la Tortuga, que estaba desafortada, dando también ella una voltereta.

—¡Y a por ellos! —vociferó el Grifo—. Y a continuación se cambia de pareja...

—... y se vuelve a la orilla, y así termina el primer movimiento del baile —dijo la Tortuga bajando de pronto la voz.

Las dos criaturas, que habían estado saltando como locas durante todo el tiempo que duró la descripción del baile, volvieron a sentarse con gran calma y tristeza, y miraron a Alicia.

—Debe de ser un baile muy bonito —dijo tímidamente.

—¿Te gustaría verlo? —preguntó la Falsa Tortuga.

—¡Oh, sí! —respondió Alicia.

—Vamos a ensayar el primer paso —propuso la Tortuga al Grifo—. Podemos perfectamente bailar sin bogavantes, pero ¿quién canta?

—¡Canta tú! A mí se me ha olvidado la letra.

Y con gran ceremonia empezaron a bailar, dando vueltas alrededor de Alicia y pegándole pisotones constantemente. Marcaban el ritmo con las patas delanteras, mientras la Tortuga cantaba con voz melancólica:

—Más deprisa, Caracol —decía una Pescadilla —,

bailemos juntos al sol, muy cerquita de la orilla.

—No puedo, porque un Delfín me va pisando la aleta.

¡Baila, grupo danzarín! ¡Bailad, Crustáceos, Ballenas!

Danza más y contradanza, ¿a que te gusta este baile?

Danza más y contradanza la Danza del Bogavante.

—¡No sabes qué divertido cuando vuelas por los aires!

¡Al agua, patos, amigos! ¡Meneaos con donaire!

—¡Eso para mí es muy lejos! —respondía el Caracol—.

Me quedo con los Cangrejos, paso de esta diversión.

Danza más y contradanza, ¿a que te gusta este baile?

Danza más y contradanza la Danza del Bogavante.

—¡Qué Caracol más arisco! —replicó la Pescadilla—.

Si hasta los viejos Mariscos nadan de orilla en orilla.

Van a la costa de enfrente bailando y cruzando el charco,

conque muévete, valiente, no pongas cara de asco.

Danza más y contradanza, ¿a que te gusta este baile?

Danza más y contradanza la Danza del Bogavante.

—Gracias, es un baile muy bonito —declaró Alicia, feliz de que hubiera terminado—. Me gusta mucho la parte de la Pescadilla.

—Oh, es que las pescadillas son... —dijo la Falsa Tortuga—. ¿Has visto una, alguna vez?

—Sí, en la cen... —Se calló justo a tiempo.

—¿En Lacén? —se extrañó la Tortuga—. No conozco esa ciudad, pero si has visto pescadillas alguna vez, sabrás cómo son.

—Sí —respondió Alicia pensativa—. Tienen la cola metida en la boca y están cubiertas de pan rallado.

—Lo del pan no —corrigió la Tortuga—, pues el mar lo disolvería en menos que canta un gallo. Pero sí es verdad que tienen la cola metida en la boca, y te voy a explicar la razón... —Bostezó, cerró los ojos y se dirigió al Grifo—: Explícaselo tú con detalle.

—Pues porque las pescadillas siempre se empeñaban en bailar con los bogavantes. Por eso las lanzaron al mar. Por eso cayeron tan lejos. Y por eso se sujetaron la cola con la boca con tanta fuerza que, desde entonces, ya no hubo manera de sacársela. Esa es la razón.

—Gracias, es muy interesante —dijo Alicia—. Nunca en mi vida había oído tantas curiosidades sobre las pescadillas.

—Si te gusta, puedo contarte más cosas —replicó el Grifo—. ¿Sabes para qué sirven las pescadillas?

—Pues no... —balbuceó Alicia.

—Sirven para sacar brillo a los zapatos marinos —le explicó el Grifo con gran solemnidad.

—¿Para sacar brillo a los zapatos marinos? —repitió Alicia, totalmente atónita.

—¡Vamos! ¿Y con qué sacas brillo tú a tus zapatos?

—Con betún negro, supongo...

—Pues los zapatos y las botas que llevamos bajo el mar se lustran con pescadilla.

—¿Y con qué se fabrican sus zapatos? — preguntó Alicia intrigada.

—¡Con qué va a ser, con suelas de lenguado e hilo de ballena! —respondió el Grifo con impaciencia—. Eso lo saben hasta las gambas.

—Si yo hubiera sido la Pescadilla —dijo Alicia, que no podía quitarse de la cabeza la estrofa de la canción—, le habría dicho al Delfín: «¡Aléjate, por favor! ¡No nos haces falta para nada!».

—Ya, pero es que el Delfín no tenía más remedio que estar allí —explicó la Tortuga—. ¡Dos peces bien educados nunca saldrían sin el Delfín!

—¿Ah, no? —preguntó Alicia sorprendida.

—¡Por supuesto que no! Si un pez me propusiera que me fuera de viaje, lo primero que le preguntaría sería: «¿Con el Delfín?».

—¿Quiere decir con el del fin? —balbuceó Alicia.

—Eso es exactamente lo que acabo de decir — rezongó la Tortuga con gesto ofendido.

—¿Por qué no nos cuentas tus propias aventuras? —preguntó el Grifo a Alicia.

—Puedo contarles las que he vivido desde esta mañana —respondió Alicia con timidez—. Pero no las de ayer, porque ayer yo era una persona completamente diferente.

—¿Cómo es eso?, ¡explícanoslo!

—No, no —intervino el Grifo con impaciencia—. ¡Primero las aventuras! Las explicaciones resultan siempre largas y tediosas.

Así, Alicia les contó todo lo que le había sucedido desde que había decidido perseguir al Conejo Blanco. Al principio, estaba algo turbada, pues los dos estaban sentados frente a ella y la miraban fijamente, con los ojos como platos y la boca abierta. Luego, a medida que avanzaba en el relato, empezó a tomar confianza.

Su público la escuchaba en silencio, pero cuando llegó al momento del encuentro con la Oruga y empezó a relatarles la escena en la que recitaba Sois ya viejo, padre William,

explicando cómo habían brotado las palabras de su boca de una manera tan distinta de lo que deberían haber sido, la Falsa Tortuga respiró profundamente y dijo:

—¡Es realmente curioso!

—Muy curioso, sí —convino el Grifo.

—Todas las palabras estaban cambiadas —repitió pensativamente la Tortuga—. Y ahora me gustaría que intentara recitarnos algún poema. Pídeselo.

Se dirigió al Grifo como si este ejerciera alguna autoridad sobre Alicia.

—Levántate y recita Es la voz del haragán —ordenó el Grifo.

«Dios mío, cómo les gusta a estas criaturas dar órdenes y mandar recitar la lección —pensó Alicia—. ¡Si lo sé me quedo en el colegio!».

Con todo, se levantó y empezó a recitar. Pero no podía quitarse de la cabeza la Contradanza de los Bogavantes, de modo que empezó a confundir las palabras, que salían de su boca de un modo muy extraño:

Es la voz del Bogavante, oigo su declaración:

—Me he tostado demasiado, dadme azúcar, por favor.

Con la punta del hocico, las antenas se acicala, se lava y le saca brillo a su cobriza carcasa.

Cuando la arena está seca, se siente por fin dichoso

y reta a los tiburones con tono muy valeroso.

Mas, si sube la marea, los escualos por la tarde a la orillita se acercan, y el otro tiembla, cobarde.

—No se parece en nada a como lo recitaba yo cuando era pequeño —murmuró el Grifo.

—Yo nunca había oído una versión parecida —añadió la Falsa Tortuga—. ¡Qué sarta de disparates!

Alicia se sentó sin responder y ocultó el rostro entre sus manos, preguntándose si algún día las cosas volverían a la normalidad.

—Me gustaría que me explicara lo que significan estos versos —dijo la Tortuga.

—No puede explicarlo —se apresuró a responder el Grifo—. Continúa, Alicia.

—Pero ¿cómo puede acicalarse las antenas con el hocico? —preguntó insistente la Tortuga.

—Debe de ser que el baile le ha dado mucha flexibilidad —respondió Alicia, confundida por lo absurdo de su poema.

—Bueno, pasa a la siguiente estrofa —ordenó el Grifo—, que empieza «Al entrar en el jardín».

Aunque Alicia estaba segura de que los versos le iban a salir trastocados, no se atrevió a desobedecer y prosiguió con vocecilla temblorosa:

Al entrar en el jardín, vi de pronto con sorpresa cómo el búho y la pantera compartían una presa.

Muy extraña pareciome aquella distribución:

el felino se comía la caza entera, y al búho

no le dejó más que el plato, que al pobre a nada le supo.

—¿De qué sirve seguir recitándolo, si no explicas nada? —interrumpió la Tortuga—. Nunca he oído un poema más desconcertante en toda mi vida...

—Sí, es mejor que lo dejes ya —convino el Grifo.

Alicia sintió un gran alivio cuando vio que había terminado.

—¿Quieres que bailemos otro paso de la Contradanza o prefieres que la Tortuga nos cante otra canción? —preguntó el Grifo.

—¡Oh, cante una canción, por favor, señora Tortuga! —Alicia respondió con tanta vehemencia que el Grifo, ofendido, farfulló:

—Hum... ¡Sobre gustos no hay nada escrito! Cántale La sopa de tortuga, anda, querida.

La Falsa Tortuga soltó un profundo suspiro y, con la voz rota por las lágrimas, empezó a cantar:

Oh, bella sopa, verde y cremosa,  
qué bien humeas, tan olorosa,  
en el puchero hierves sabrosa.

¡Sopa sopera, estás muy buena!

¡Sopa sopera, para la cena!

¡Oh, bella sopa! ¡Oh, sopa hermosa! ¡Sopa jugosa, cuán deliciosa!

¿Quién quiere carne, puré o pescado?

¿Qué no daría por un bocado

de sopa verde todos los sábados?

¡Sopa sopera, estás muy buena!

¡Sopa sopera, para la cena!

¡Oh, bella sopa! ¡Oh, sopa hermosa! ¡Sopa jugosa, estás deliciosa!

—¡Repíte el estribillo! —exclamó el Grifo. La Tortuga se disponía a obedecer cuando, de pronto, se oyó un grito a lo lejos:

—¡El juicio va a dar comienzo!

—¡Vamos! —decidió al instante el Grifo.

Cogiendo a Alicia de la mano, arrancó a toda velocidad sin esperar a que terminara la canción.

—¿Qué juicio es? —preguntó Alicia, que corría a su lado sin aliento.

Pero el Grifo se limitó a responder «¡Vamos!» mientras aceleraba la carrera, al tiempo que la brisa transportaba estas melancólicas palabras, cada vez más lejanas:

¡Oh, bella sopa! ¡Oh, sopa hermosa! ¡Sopa jugosa, estás deliciosa!

¡Oh, bella sopa! ¡Oh, sopa hermosa! ¡Sopa jugosa, estás deliciosa!

¡Oh, bella sopa! ¡Oh, sopa hermosa! ¡Sopa jugosa, estás deliciosa!

## **Capítulo 11**

### **¿Quién robó las tartas?**

Cuando llegaron al juicio Alicia y el Grifo, el Rey y la Reina de Corazones estaban sentados en sus tronos. Una gran multitud, compuesta por toda clase de animalillos y aves, así como por todos los palos de la baraja, se había

congregado a su alrededor. La Sota de Corazones comparecía como acusada, encadenada y flanqueada por dos guardias. El Conejo Blanco estaba de pie cerca del Rey, con una trompeta en una mano y un rollo de pergamino en la otra. En el centro de la sala habían puesto una mesa, y sobre ella se veía una enorme bandeja repleta de tartas.

Todas tenían un aspecto tan delicioso que a Alicia de pronto le entró mucha hambre.

«Ojalá el juicio acabe pronto —pensó—, y pasemos a la merienda». Como no había ninguna posibilidad de que se cumpliera su deseo, se puso a mirar a su alrededor para distraerse un poco.

Era la primera vez que asistía a un tribunal, pero había leído escenas de juicios en los libros, y constató orgullosa que era capaz de ponerle nombre a todo lo que había alrededor. «Este es el juez —pensó—, puesto que lleva una peluca».

Debemos aclarar que el juez era el Rey; se veía que estaba algo incómodo, y llevaba la corona por encima de la peluca, lo que no le daba un

aspecto demasiado agraciado. «Y ese es el estrado del jurado —pensó luego Alicia—. Y esas doce criaturas —usaba la palabra “criaturas” porque había una mezcla de mamíferos y aves— deben de ser los miembros del jurado».

Repitió varias veces para sí esas palabras, muy satisfecha consigo misma, pues pensaba (y tenía razón) que pocas niñas de su edad conocían su significado.

Se preguntó si no sería mejor hablar de «escabinos», que era otro término muy interesante.

Los doce miembros del jurado escribían frenéticamente en sus pizarras.

—¿Qué hacen? —le preguntó Alicia al Grifo en voz baja—. ¿Por qué están escribiendo si aún no ha empezado el juicio?

—Están poniendo sus nombres —explicó el Grifo en el mismo volumen—, no sea que se les olviden antes de que termine la audiencia...

—¡Qué bichos más ignorantes! —exclamó Alicia totalmente indignada.

Pero se calló en el acto, pues el Conejo ordenó:

—¡Silencio en la sala!

El Rey se puso las gafas para ver quién había osado hablar. Alicia se inclinó hacia los miembros del jurado y vio que todos se habían puesto a escribir la palabra «ignorantes» en sus pizarras. Incluso vio que uno de ellos, que no sabía cómo se escribía «ignorantes», le pedía a su vecino que se la deletreara. «Menudo galimatías va a haber en sus pizarras cuando termine el juicio», pensó.

Uno de los miembros del jurado tenía una tiza que chirriaba. Alicia, como es lógico, no pudo soportarlo, por lo que dio la vuelta a la sala, se coló detrás del culpable (que casualmente era el lagarto Bill) y le birló la tiza con tanta destreza que el pobre no se dio cuenta de nada; la buscó por todas partes, pero acabó dándose por vencido y tuvo que escribir con el dedo, su esfuerzo fue inútil de todos modos, ya que no dejó ni rastro en la pizarra.

—¡Alguacil, lee la acusación! —ordenó de pronto el Rey.

El Conejo Blanco tocó tres veces la trompeta, desenrolló el pergamino y leyó:

«La Reina de Corazones, una tarde soleada, con gran arte y mucho tiento, había hecho unas tartas.

Esta Sota que pasaba por el lugar de los hechos las robó, y hoy se le imputa un crimen de escamoteo».

—¡Id a deliberar! —ordenó el Rey a los miembros del jurado.

—¡Todavía no, Majestad! —protestó el Conejo —. Antes quedan algunos trámites por cumplir.

—¡Llamad al primer testigo!

El Conejo tocó tres veces la trompeta y exclamó:

—¡El primer testigo!

Era el Sombrerero, que avanzó con una taza de té en una mano y una rebanada de mantequilla en la otra.

—Disculpad que me presente de esta guisa, Majestad, pero aún no había terminado de tomar el té cuando me habéis convocado a juicio.

—Tendrías que haber terminado —le amonestó el Rey—. ¿Cuándo empezaste?

El Sombrerero miró a la Liebre de Marzo, que lo había acompañado del brazo del Lirón hasta el tribunal.

—Creo recordar que fue el catorce de marzo —dijo.

—El quince —corrigió la Liebre de Marzo.

—El dieciséis —rectificó el Lirón.

—¡Que conste en acta! —dijo el Rey al jurado.

Los miembros del jurado escribieron las tres fechas en sus pizarras, las sumaron y las convirtieron en libras esterlinas y en chelines.

—¡Quítate el sombrero! —ordenó el Rey al Sombrerero.

—No es mío —protestó este.

—¡Un robo! —exclamó el Rey dirigiéndose al jurado, que inmediatamente lo apuntó todo.

—Ninguno de mis sombreros me pertenece — explicó el Sombrerero—. Mi oficio consiste precisamente en venderlos.

Ante aquellas palabras, la Reina se ajustó las gafas y lo miró tan severamente que el Sombrerero se puso lívido y empezó a temblar.

—Prosigue con tu declaración —ordenó el Rey —, y deja de temblar o haré que te ejecuten al instante.

Aquella amenaza no infundió ningún ánimo en el Sombrerero, que se movía nerviosamente y miraba con recelo a la Reina. Estaba tan alterado que mordió la taza, creyendo que era la rebanada.

En ese momento, Alicia notó una extraña sensación que la dejó algo confusa, pero enseguida comprendió que estaba creciendo. Su primer impulso fue abandonar el tribunal, pero lo pensó mejor y decidió quedarse, al menos mientras tuviera sitio suficiente.

—Haz el favor de no apretujarme —dijo el Lirón, que estaba sentado a su lado—. ¡Casi no puedo respirar!

—No puedo evitarlo —contestó Alicia—, estoy creciendo.

—¡No tienes ningún derecho, al menos aquí!

—No diga tonterías —replicó Alicia—. Sabe perfectamente que usted también crece...

—Sí, pero yo crezco a una velocidad razonable, no de este modo tan absurdo —gruñó el Lirón.

Y se levantó furioso para buscar un sitio al otro lado del tribunal.

Durante todo ese tiempo, la Reina no le había quitado ojo al Sombrerero y, cuando el Lirón cruzaba la sala, ordenó a uno de los alguaciles:

—Tráeme la lista de los cantantes que actuaron en mi último concierto.

El desgraciado Sombrerero se echó a temblar tan convulsamente que se le salieron los zapatos.

—Sigue con tu declaración —repitió el Rey furioso— o haré que te ejecuten, tanto si tienes miedo como si no.

—Solo soy un pobre hombre, Majestad —farfulló el Sombrerero con un hilo de voz—, y no había empezado a tomar el té..., bueno, no debía de hacer ni siquiera una semana..., y las rebanadas de mantequilla eran sumamente finas..., y el tintineo del té...

—¿El tintineo del qué? —dijo el Rey.

—Del té. Todo empezó por el té. Es por eso.

—¡Pues claro que té empieza por T! —dijo el Rey con impaciencia—. ¿O crees que no sé escribir? ¡Sigue, venga!

—Solo soy un pobre hombre —repitió el Sombrerero—, y después de eso todo empezó a tintinear, pero la Liebre de Marzo dijo que...

—¿Quién, yo? ¡Yo no dije nada de nada! —se apresuró a interrumpir la Liebre de Marzo.

—Sí, sí que dijiste —insistió el Sombrerero.

—¡Lo mismo da! —exclamó el Rey—. Seguid contando.

—Bueno, de todos modos, el Lirón también lo dijo —siguió explicando el Sombrerero, mientras echaba una mirada furtiva al Lirón.

Este estaba profundamente dormido y no negó nada, por lo que el Sombrerero, con gran alivio, continuó con su declaración:

—Después, hice más rebanadas de mantequilla...

—Pero entonces ¿qué es lo que dijo exactamente el Lirón? —preguntó uno de los miembros del jurado.

—Ya no me acuerdo —respondió el Sombrerero.

—Tienes que hacer memoria o te mando ejecutar —gritó el Rey.

El pobre Sombrerero dejó caer la taza y la rebanada, y se puso de rodillas:

—¡Solo soy un pobre hombre, Majestad!

—Lo que eres es un testigo muy mediocre —rezongó el Rey.

Ante aquellas palabras, un Conejillo de Indias se puso a aplaudir, pero los alguaciles sofocaron sus aplausos. (Como eso de «sofocar» no es fácil de comprender, os explicaré lo que hicieron: tenían un gran saco

de tela cerrado con cordones; metieron al Conejillo de Indias dentro, de cabeza, y se sentaron encima).

«Cuánto me alegro de haber visto esa escena —pensó Alicia—. La de veces que habré leído en los periódicos: “Durante el veredicto, hubo una tentativa de aplausos que fueron rápidamente sofocados por los alguaciles”, pero hasta hoy no comprendía en absoluto lo que quería decir».

—Si eso es todo lo que sabes de este caso, puedes descender del estrado —gruñó el Rey al Sombrerero.

—No puedo descender más, porque ya estoy de rodillas en el suelo, Majestad —dijo el Sombrerero.

—Entonces puedes sentarte —respondió el Rey.

El segundo Conejillo de Indias intentó aplaudir, pero también fue sofocado al instante.

«Bien, ya nos hemos quitado de encima a los Conejillos de Indias —pensó Alicia—. Ahora todo irá mejor».

—Majestad, preferiría terminar el té —suplicó el Sombrero mientras miraba de reojo a la Reina, que estaba consultando la lista de cantantes.

—Puedes disponer —concedió el Rey.

Sin siquiera detenerse a recoger los zapatos, el Sombrero salió de la sala.

—Y que le corten la cabeza —dijo la Reina a uno de los alguaciles. Pero el Sombrero había desaparecido incluso antes de que el alguacil llegara a la puerta.

—¡El siguiente testigo! —ordenó el Rey.

Compareció la cocinera de la Duquesa. Traía consigo el bote de pimienta y, cuando Alicia oyó estornudar a los asistentes cerca de la puerta, adivinó enseguida lo que iba a suceder.

—Haz tu declaración —dijo el Rey.

—No me da la gana —respondió la cocinera.

El Rey miró al Conejo Blanco, y este le susurró al oído:

—Vuestra Majestad debe someter al testigo a un interrogatorio.

—Vamos allá, puesto que no hay más remedio  
—dijo el Rey con resignación.

Cruzó los brazos y frunció tanto el ceño que casi no se le veían los ojos. Seguidamente, con una voz muy profunda, le preguntó:

—¿Con qué se hacen las tartas?

—Principalmente con pimienta —respondió la cocinera.

—¡Y melaza! —añadió tras ella una voz adormecida.

—¡Prended a ese Lirón! —gritó la Reina—. ¡Que le corten la cabeza! ¡Echadlo de aquí! ¡Ahogadlo! ¡Pellizcadlo! ¡Que le corten los bigotes!

Mientras sacaban al culpable de la sala, se produjo un gran barullo. Cuando todo el mundo volvió a su sitio, vieron que la cocinera había desaparecido.

—¡Bueno, no importa! —decidió el Rey, feliz de librarse del interrogatorio—. ¡Llamad al siguiente testigo!

Y, dirigiéndose a la Reina, añadió en voz baja:

—Querida, deberías encargarte tú del próximo interrogatorio. ¡Tengo una jaqueca terrible!

Alicia vio que el Conejo Blanco buscaba nervioso el nombre del siguiente testigo.

Se preguntaba con gran curiosidad quién sería. «Hasta ahora, no han logrado reunir muchas pruebas contra la Sota de Corazones», pensaba.

Imaginaos su estupor cuando el Conejo Blanco, con un chillido agudo, gritó:

—¡Alicia!

## **Capítulo 12**

### **El testimonio de Alicia**

—¡Presente! —respondió Alicia.

Con la emoción, había olvidado lo mucho que había crecido. Se levantó tan bruscamente que dio un barrido con el borde de la falda y arrastró el banco del jurado, cuyos ocupantes salieron proyectados de cabeza hacia el público

que se encontraba debajo. Todos se agitaban y pataleaban, como los peces rojos del acuario que, sin querer, Alicia había volcado la semana anterior.

—¡Oh, perdonen, por favor! —exclamó, consternada.

Se puso a recogerlos rápidamente, pues el accidente de los peces rojos la había dejado tan traumatizada que se imaginaba que era necesario colocar cuanto antes a los miembros del jurado en su sitio para que no murieran ahogados.

—¡El juicio no podrá continuar mientras todos los miembros del jurado no estén colocados en su sitio! —declaró el Rey con gravedad—. Todos sin excepción.

Hizo hincapié en estas palabras, mientras clavaba en Alicia una dura mirada.

La niña miró el banco y observó que, con las prisas, había colocado al lagarto Bill bocabajo. El animal no lograba ponerse derecho, y agitaba la cola hacia todos lados. Rápidamente Alicia lo enderezó, pero pensó: «No creo que

importe demasiado, pues dudo que el pequeño Bill sea decisivo en este juicio, ni en un sentido ni en otro...».

Cuando hubieron recobrado la calma y encontrado sus pizarras y sus tizas, los miembros del jurado redactaron su desventura con todo detalle. Todos menos el Lagarto, que estaba demasiado impresionado y se limitaba a mirar fijamente el techo con la boca abierta.

—¿Qué sabes de este caso? —preguntó el Rey a Alicia.

—Nada.

—¿Nada, nada? —insistió el Rey.

—Absolutamente nada.

—Esto es algo de una total trascendencia —dijo el Rey dirigiéndose al jurado.

Los miembros del jurado se disponían a registrar en sus pizarras la respuesta de Alicia, cuando el Conejo Blanco intervino:

—Vuestra Majestad ha querido decir «intrascendencia», por supuesto —explicó

haciendo un gesto cómplice con el ceño fruncido.

— Por supuesto, he querido decir intrascendencia —se apresuró a corroborar el Rey.

A continuación, murmuró varias veces para sus adentros: «Intrascendencia, trascendencia, intrascendencia, trascendencia», como si tratara de saber cuál de las dos palabras le sonaba mejor.

Algunos miembros del jurado apuntaron «trascendencia» y otros apuntaron «intrascendencia». Alicia, que alcanzaba a leer lo que escribían, se dio cuenta del error pero pensó: «En realidad, da exactamente igual».

De pronto, el Rey, que acababa de garabatear algo en su cuaderno, exclamó:

— ¡Silencio! —y empezó a leer en voz alta—: «Artículo 42 del Reglamento. Todo aquel que mida más de un kilómetro de alto deberá abandonar la sala».

Todos miraron a Alicia.

—¡Pero si yo no mido un kilómetro de alto! — protestó.

—¡Ya lo creo que sí! —replicó el Rey.

—¡Mides casi dos! —añadió la Reina.

—En cualquier caso, no pienso irme —decidió Alicia—. Además, ese artículo no forma parte del Reglamento, ¡os lo acabáis de inventar!

—¡Es el artículo más antiguo! —insistió el Rey.

—Entonces, sería el artículo número 1 — replicó Alicia.

El Rey se puso pálido y cerró el cuaderno.

—¡A deliberar! —ordenó con voz temblorosa a los miembros del jurado.

—Con la venia de Vuestra Majestad, todavía tenemos muchas pruebas por examinar —dijo el Conejo Blanco mientras se levantaba de un salto—. Acabamos de encontrar esta carta...

—¿Qué dice esa carta? —preguntó la Reina.

—Todavía no la he abierto, pero parece que se la hubiera escrito el prisionero a alguien.

—Es lógico —dijo el Rey—. Lo que no sería normal es que se la hubiera escrito a nadie.

—¿A quién va dirigida? —preguntó uno de los miembros del jurado.

—A nadie —respondió el Conejo Blanco—. Bueno, en el sobre no figura ningún destinatario. —Mientras hablaba, desplegó la hoja de papel y añadió—: En realidad, no es una carta, sino un poema en verso...

—¿Está escrito con la letra del prisionero? —preguntó el Rey.

—No —respondió el Conejo Blanco—. ¡Y eso es lo más extraño de todo! —Los miembros del jurado se miraron perplejos.

—Ha debido de imitar la letra de otra persona —sugirió el Rey. Los rostros de los miembros del jurado reflejaron un gran alivio.

—Majestad, yo no he escrito esos versos —dijo la Sota de Corazones en su defensa—. Y nadie podrá demostrar lo contrario: el poema no está firmado.

—Puesto que no lo has firmado, la cosa es aún más grave —dijo el Rey—. Si no albergaras malas intenciones, lo habrías firmado, como una persona honrada.

Ante aquellas palabras, todos aplaudieron. Era la primera frase inteligente que decía el Rey desde que había comenzado el juicio.

—¡Prueba irrefutable de su culpabilidad! — exclamó la Reina.

—¡No es una prueba de nada! —replicó Alicia—. ¡Por Dios! ¡Si ni siquiera saben lo que dice el poema!

—¡Léelo! —ordenó el Rey.

El Conejo Blanco se puso las gafas.

—Con la venia de Vuestra Majestad, ¿por dónde empiezo? —preguntó.

—Empieza por el principio, continúa por la continuación y termina por el final. Luego podrás dejar de leer.

Esto fue lo que leyó el Conejo Blanco:

«Dijeron que fuiste a verla,  
y que ante él me mencionaste:  
no le importó que no hiciera  
de la natación un arte.

Les dijo que no asistí

(y esto, sin duda, es verdad):

pero si espera insistir,

dime, ¿de ti qué será?

Le di una, y ellos dos,

tú nos diste tres o más;

después se las devolvió,

pero me trataron mal.

Si llegáramos a vernos

cómplices en un delito,

querrá que tú seas bueno

y nos saques de este lío.

Pues me temo que tú fuiste

(mucho antes de su ataque)

entre nosotros un quiste

culpable de este dislate.

No le digas el respeto

enorme que ella sentía.

Debe ser un gran secreto

entre tú y yo, de por vida».

—Esta es, hasta ahora, la prueba más importante que hemos recibido —dijo el Rey con entusiasmo, frotándose las manos—. Por consiguiente, que el jurado se...

—Si uno solo de los miembros del jurado puede explicarme lo que significan los versos de este poema —declaró Alicia. Había crecido tanto en los últimos minutos que ya no le daba miedo interrumpir al Rey—, le doy diez monedas. Pues, en mi opinión, no tienen ningún sentido.

Todos los miembros del jurado escribieron en sus pizarras: «En su opinión, no tienen ningún sentido», pero ninguno trató de explicar los versos.

—Si no tienen ningún sentido —dijo el Rey—, tanto mejor, pues no será necesario que nos matemos para encontrárselo... Pero me pregunto si es verdad que carecen de sentido —siguió, mientras extendía la carta sobre sus rodillas y releía el poema—. A mí me da que estos versos quieren decir algo. No sabes

nadar, ¿no? —le preguntó a la Sota de Corazones.

Esta negó tristemente con la cabeza:

—¿Acaso tengo pinta de saber nadar? —preguntó.

Y era verdad que no sabía, puesto que era de cartón.

—Hasta aquí todo encaja —dijo el Rey, que siguió susurrando los versos—: Y esto, sin duda, es verdad... Los miembros del jurado conocen la verdad... Pero si espera insistir... Pero si está claro: la que espera es la Reina. Dime, ¿de ti qué será? ¡Esa es una buena pregunta! Le di una, y ellos dos... Eso es lo que hizo el acusado con las tartas, ¿lo veis?

—Pero luego dice: «después nos las devolvió...» —observó Alicia.

—Por supuesto: nos se refiere a nosotros, ¡y ahí están las tartas! —exclamó el Rey con tono triunfal, señalando a la mesa—. Está claro como el agua. Y en cuanto a esta frase: «mucho antes de su ataque...» A ti nunca te ha dado un

ataque de nervios, ¿verdad, querida? —dirigió la pregunta a la Reina.

—¡Jamás en toda mi vida! —exclamó fuera de sí, mientras arrojaba el tintero a la cabeza del Lagarto. El pobre Bill había dejado de escribir con el dedo en la pizarra cuando se dio cuenta de que no dejaba ninguna huella; pero se puso de nuevo manos a la obra usando tinta que le resbalaba por el hocico.

—Si nunca te ha dado uno de esos ataques es porque eres inexpugnable. Y si eres inexpugnable es porque estos versos ite repugnan! —dijo el Rey.

Y miró a la concurrencia con una sonrisa de satisfacción. (Hubo un silencio mortal).

—Expugnar... Repugnar... Es un juego de palabras —explicó el Rey con tono ofendido.

Al instante hubo una carcajada general.

—¡A deliberar! —ordenó el Rey al jurado, por enésima vez.

—¡No! ¡No! —vociferó la Reina—. ¡Primero la sentencia, y luego las deliberaciones!

—¡Pero eso es absurdo! —protestó Alicia con firmeza—. ¡Es una idea de lo más estúpida!

—¡Calla! —ladró la Reina, roja de rabia.

—¡No me callo! —replicó Alicia.

—¡Que le corten la cabeza! —ordenó la Reina morada de ira.

Nadie se movió.

—¿Quién va a obedecer? —dijo Alicia—. ¡Si no sois más que una baraja!

Ante aquellas palabras, las cartas salieron volando y cayeron como una lluvia sobre la niña. Con un gritito de cólera y de miedo, Alicia intentaba quitárselas de encima y de pronto se encontró tumbada en la hierba, con la cabeza apoyada en las rodillas de su hermana, que le retiraba cuidadosamente de la cara unas hojas secas.

—Alicia, querida, ¡despierta! ¡Has dormido una siesta larguísima! —le dijo suavemente.

—¡Oh! ¡Qué sueño más raro he tenido! —exclamó Alicia.

Le narró sus aventuras lo mejor que supo y, cuando terminó el relato, su hermana le dio un beso y le dijo:

—Es verdad que ha sido un sueño de lo más extraño, querida. Pero es tarde: ahora tienes que volver a casa a merendar.

Alicia se levantó de un salto, aunque sentía la cabeza todavía inundada de su maravilloso sueño y fue corriendo a casa. Su hermana se quedó allí sentada, muy pensativa. Apoyó la barbilla en la mano, contemplando la puesta de sol y pensando en Alicia y en sus increíbles aventuras. Al cabo de un rato, cerró los ojos y empezó a soñar despierta.

Primero vio a Alicia, que tenía las manos cruzadas sobre las rodillas y la miraba con sus grandes ojos brillantes. Casi podía oír el sonido de su voz y recordar ese divertido gesto que hacía con la cabeza cuando quería retirarse el pelo de la cara. Mientras la escuchaba, le pareció que veía aparecer todas las criaturas del sueño de Alicia. Las hierbas altas crujieron a sus pies cuando pasó corriendo el Conejo Blanco... El Ratón asustado se zambullía en el

charco de al lado haciendo un ligero «¡pluf!»... Oyó el tintineo de las tazas de té de la Liebre de Marzo y sus amigos, sentados para siempre alrededor de su eterna merienda...

Luego oyó el vocerío de la Reina condenando a sus pobres invitados... El niño-cerdo volvió a estornudar en el regazo de la Duquesa, mientras platos y fuentes se estrellaban en mil pedazos a su alrededor... Le llegaron también el graznido del Grifo, el chirrido de la tiza del pequeño Bill en la pizarra, los lánguidos suspiros de los Conejillos de Indias en su saco, todo ello mezclado con los lejanos sollozos de la pobre Falsa Tortuga.

Durante un buen rato permaneció sentada sin moverse, con los ojos cerrados, imaginando el País de las Maravillas. Sabía perfectamente que le bastaba con abrir los ojos para volver a la realidad. Si la hierba susurraba, era solo por el soplo de la brisa, y el chapoteo del estaque se debía únicamente a los balanceos de los juncos. El tintineo de las tazas de té no era más que el rumor de los cencerros de las ovejas, y los gritos de la Reina no eran sino las llamadas

del pastor. Los estornudos del niño, los graznidos del Grifo y todos los otros ruidos extraños se debían tan solo (y lo sabía muy bien) al rumor del corral, mientras que los mugidos lejanos de las vacas sustituían los largos sollozos de la Falsa Tortuga.

Finalmente, se imaginó cómo sería de mayor su hermana pequeña, y sabía que Alicia conservaría para siempre el mismo bondadoso y sencillo corazón. Un día congregaría a su alrededor a otros niños, probablemente sus propios hijos, y entonces haría brillar sus ojos contándoles cuentos, tal vez incluso la misma historia de su extraño viaje al País de las Maravillas. Compartiría con ellos sus alegrías y sus penas, y siempre recordaría su propia infancia y sus felices días de verano.

FIN



<https://cuentosinfantiles.top>